

# Hidalgos contra oficiales. Trasfondo ideológico y social de la polémica entre Cervantes y Lope

JAVIER SALAZAR RINCÓN\*

La enemistad personal y la guerra literaria que Lope de Vega y Cervantes mantuvieron en los primeros años del siglo XVII, ha sido un episodio que ha despertado gran interés entre los estudiosos de nuestra literatura y sobre el que se ha escrito abundantemente. Sin embargo, a la hora de ilustrarlo y comentarlo, la mayoría de los críticos ha fijado su atención en la envidia y la rivalidad profesional que oponía a ambos autores, o en las diferencias de temperamento artístico y concepción de la obra poética que les separaban, de manera que, en los estudios dedicados a este asunto, es frecuente referirse a la «desavenencia y animosidad literaria entre los dos grandes ingenios españoles», «fruto de alguna cuestión y disputa literaria»<sup>1</sup>, o a discrepancias que «concernen esencialmente al carácter, temperamento y concepto de la vida» de los dos autores<sup>2</sup>. Por el contrario, pocos investigadores han puesto de relieve la posición diametralmente opuesta que ambos personajes ocupaban dentro del entramado social, fuertemente jerarquizado, de 1600<sup>3</sup>, en que los orígenes familiares y la inserción de un autor dentro del orden estamental eran hechos que influían de manera decisiva en su trayectoria profesional y en la mayor o

\* UNED. La Seu d'Urgell (Lleida).

1. Cayetano Alberto de la Barrera, *Nueva biografía de Lope de Vega* (1890), Madrid, Atlas, 1973-1974, 2 vols. (Biblioteca de Autores Españoles, tomos 262 y 263), vol. I, pp. 88 y 92.

2. Tomás S. Tomov, «Cervantes y Lope de Vega (Un caso de enemistad literaria)», en *Actas del Segundo Congreso Internacional de Hispanistas*, Nimega, Instituto Español de la Universidad de Nimega, 1967, p. 621.

3. Elias L. Rivers ha esbozado un estudio comparativo de ambos autores desde la perspectiva del problema de castas en «Lope and Cervantes once more», *Kentucky Romance Quarterly*, XIV, 1967, pp. 112-119; y de tipo sociolingüístico, desde los postulados de Mijail Bajtín, en «Two Functions of Social Discourse: From Lope de Vega to Miguel de Cervantes», *Oral Tradition*, II, 1987, pp. 249-259.

menor protección con que los poderosos le favorecían, y en que, para desban-car a un rival, y junto a los argumentos literarios, era corriente emplear como arma arrojada cuestiones relacionadas con el honor, el linaje, la presunción de hidalguía o la limpieza de sangre. El parnasillo o microcosmos de las le-tras venía a ser, en este aspecto, una reproducción a escala del macrocosmos social, con su tupida trama de prejuicios y barreras discriminatorias. De todo ello supieron mucho Lope de Vega y Cervantes, cada uno a su manera.

## CRÓNICA SUCINTA DE UNA GUERRA DILATADA

Antes de examinar con detalle el asunto que nos proponemos abordar en este artículo, convendrá que repasemos de manera rápida, y por orden cronológico, las huellas documentales de la dilatada guerra literaria y personal que, durante más de una década, enfrentó a ambos escritores<sup>4</sup>.

Hay que decir que el trato del autor del *Quijote* con su colega fue cordial en un principio. Tras el regreso de Cervantes a Madrid después de su cautiverio, en diciembre de 1580, ambos escritores se movieron en los mismos círculos, compartieron amistades, estuvieron en contacto con el comediante Jerónimo Velázquez, padre de la amante de Lope, Elena Osorio, y en agosto de 1585, Miguel firmó como testigo en una carta e imposición de censo otorgada por Inés Osorio, madre de aquella<sup>5</sup>.

En el terreno estrictamente literario, Lope de Vega había sido elogiado por Cervantes en el «Canto de Calíope» de *La Galatea* (1585)<sup>6</sup> y en un soneto laudatorio que debió de ser escrito para los preliminares de *La Dragontea* (Valencia, 1598), aunque no se publicó hasta 1602, junto a *La hermosa de Angélica* y las *Rimas*<sup>7</sup>; y Lope, por su parte, incluyó a Cervantes en un elenco de los mejores poetas españoles del momento, que apareció en el libro quinto de la *Arcadia* (1598)<sup>8</sup>, y lo citó elogiosamente, como autor de *La Galatea*, en unos versos de *La viuda valenciana*, comedia compuesta poco antes de 1600<sup>9</sup>.

4. Ofrecen un buen panorama del estado actual de la cuestión José Montero Reguera, «Una amistad truncada. Sobre Lope de Vega y Cervantes (esbozo de una compleja relación)», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, XXXIX, 1999, pp. 313-336; Antonio Rey Hazas, «Cervantes y Lope de Vega», en *Poética de la libertad y otras claves cervantinas*, Madrid, Eneida, 2005, pp. 61-82; y Felipe B. Pedraza Jiménez, *Cervantes y Lope de Vega: Historia de una enemistad y otros estudios cervantinos*, Barcelona, Octaedro, 2006.

5. A. Tomillo y C. Pérez Pastor, *Proceso de Lope de Vega por libelos contra unos cómicos*, Madrid, Establecimiento Tipográfico de Fortanet, 1901, pp. 144-145.

6. Miguel de Cervantes, *Obras completas*, edición de Ángel Valbuena Prat, Madrid, Aguilar, 18.<sup>a</sup> edic., 1986, 2 vols., vol. I, p. 895.

7. *Ibid.*, vol. I, pp. 49-50.

8. Lope de Vega, *La Arcadia*, edición de Edwin S. Morby, Madrid, Castalia, 1975, p. 425.

9. Lope de Vega, *La viuda valenciana*, acto I, escena 15, en *Comedias escogidas*, edición de Juan Eugenio Hartzenbusch, Madrid, Atlas, 1946-1952, 4 vols. (Biblioteca de Autores Españoles, tomos 24, 34, 41 y 52), vol. 1, p. 74.

Las relaciones, sin embargo, debieron de empezar a agriarse al poco tiempo. Cervantes estaba resentido contra Lope, que se había adueñado de los teatros, mientras que él, ya en los umbrales de la vejez, era un dramaturgo fracasado. A Lope parece que le habían molestado ciertos sonetos nacidos en la academia de Ochoa —un cenáculo tabernario y rufianesco del que dio algunas noticias Rodríguez Marín<sup>10</sup>—, que corrieron por Sevilla hacia 1602, y de los que al menos uno podría haber salido de la pluma de Miguel<sup>11</sup>; y es posible que por aquellos años llegara hasta sus oídos la mala opinión que Cervantes tenía de su teatro, una opinión que debió de exponer en público en más de una ocasión antes de expresarla por escrito. Tal vez por ese motivo, cuando en 1602 Lope volvió a publicar una lista de los mejores poetas contemporáneos, muy parecida a la que insertó en la *Arcadia*, apeó de ella a Cervantes<sup>12</sup>.

Las cosas debieron de empeorar durante los dos años siguientes. Tanto en su epístola «Al contador Gaspar de Barrionuevo»<sup>13</sup>, compuesta hacia 1603, como en el prólogo de *El peregrino en su patria* (1604)<sup>14</sup>, Lope expresó su resquemor contra los que le criticaban, y aunque en ninguno de los dos textos citó a Cervantes expresamente<sup>15</sup>, sabemos que en aquel momento ambos autores estaban enemistados, según se deduce de una conocida carta, redactada en el verano de 1604, sobre la que volveremos, en que Lope se refiere a su rival de forma muy despectiva.

A finales de ese año, aunque fechado el siguiente, salía de las prensas de Juan de la Cuesta *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, precedido de un prólogo en que se trastocan y ponen patas arriba los principios que la

10. Miguel de Cervantes Saavedra, *Rinconete y Cortadillo*, edición crítica de Francisco Rodríguez Marín, Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 2.ª ed., 1920, pp. 151-163.

11. El soneto, que comienza «Lope dicen que vino.— No es *pusible*», y que concluye con un «cágome en él, en vos y en sus poesías», divulgado en la academia sevillana de Juan Ochoa Ibáñez, fue publicado por Cayetano Alberto de la Barrera, *Nueva biografía de Lope de Vega*, vol. I, pp. 68-69. Podría haber sido compuesto por Cervantes, según apuntan Joaquín de Entrambasaguas, *Estudios sobre Lope de Vega*, Madrid, CSIC, 1946-1958, 3 vols., vol. I, pp. 110-111; Nicolás Marín López, *Estudios literarios sobre el Siglo de Oro*, Granada, Universidad de Granada, 2.ª edic., 1994, p. 341; y Adrienne Laskier Martin, *Cervantes and the Burlisque Sonnet*, Berkeley, University of California Press, 1991, p. 158.

12. Lope de Vega, «Cuestión de honor debido a la poesía», publicada en 1602 en *La hermosa de Angélica, con otras diversas rimas*, en *Obras poéticas*, edición de José Manuel Blecua, Barcelona, Planeta, 1983, p. 290.

13. Lope de Vega, «Al contador Gaspar de Barrionuevo. Epístola», en *Obras poéticas*, pp. 229-242.

14. Lope de Vega, *El peregrino en su patria*, edición de Juan Bautista Avallé-Arce, Madrid, Castalia, 1973, pp. 55-65.

15. Según Daniel Eisenberg («Cervantes, Lope y Avellaneda», *Estudios cervantinos*, Barcelona, Sirmio, 1991, p. 123) y Alfonso Martín Jiménez («El manuscrito de la primera parte del *Quijote* y la disputa entre Cervantes y Lope», *Etiópicas*, II, 2006, pp. 278-310), si el *Quijote* ya era conocido y circulaba manuscrito por esas fechas, el prólogo del *Peregrino* sería la respuesta a los ataques vertidos contra Lope en la novela cervantina, pero no en su prólogo, que Cervantes debió de componer hacia el verano o el otoño de 1604, y que Lope sólo conocería en su versión impresa.

retórica recomendaba para este tipo de escritos, y en que, igual que en los poemas satíricos preliminares y otros pasajes de la novela, sobre todo en el diálogo entre el cura y el canónigo a propósito de «las comedias que ahora se representan»<sup>16</sup>, se ataca de forma apenas velada la pedantería y petulancia que Lope venía exhibiendo en algunos de sus libros, al tiempo que sus ínfulas nobiliarias, su egolatría sin límites y la endeble calidad de sus comedias son puestas en la picota. Además, algunos críticos han sostenido, con razones convincentes, que el *Entremés de los romances*, probable fuente de inspiración de los primeros capítulos del *Quijote*, era una sátira dirigida contra Lope<sup>17</sup>, con lo que la novela cervantina tendría, ya desde su génesis, una motivación y una intención claramente antilopescas. Más difícil de admitir es la identificación de Lope con la figura de Cide Hamete Benengueli, mote o «sinónimo voluntario» con el que Cervantes habría aludido al Fénix<sup>18</sup>, o incluso con el mismo don Quijote, en quien Cervantes habría caricaturizado la megalomanía de Lope y su obsesión por convertirse en caballero, mientras que en Sancho Panza habría retratado a Tirso de Molina, fiel escudero de aquel, y en Dulcinea del Toboso a Camila Lucinda (Micaela Luján), la amante de Lope en aquella época<sup>19</sup>.

Lope de Vega encajó las pullas con bastante calma, no se tomó la molestia de contraatacar abiertamente y, tras la muerte de Cervantes, ocurrida en 1616, reconoció su valor como novelista, si bien con alguna reticencia, en *Las fortunas de Diana*, novela impresa en 1621 con *La Filomena*<sup>20</sup>; le llamó discreto y entendido, equiparándolo a Cicerón y a Juan de Mena, en unos versos de *El premio del bien hablar* (1624-1625)<sup>21</sup>; le tributó un sentido homenaje en la

16. Miguel de Cervantes, *Quijote*, I, 48, en *Obras completas*, vol. II, p. 551. El diálogo también incluye una referencia nada inocente, según parece, a *La ingratitud vengada*, comedia autobiográfica de Lope, compuesta hacia 1590-1595, con la que Cervantes estaría llamando ingrato a Lope de Vega y en cierta manera vengándose de su ingratitud (Donald McGrady, «El sentido de la alusión de Cervantes a *La ingratitud vengada* de Lope», *Cervantes*, XXII, 2, 2002, pp. 125-128). Para el trasfondo autobiográfico de la comedia y su relación con *La Dorotea*, véase Lavonne C. Poteet Bussard, «*La ingratitud vengada* and *La Dorotea*. Cervantes and *La ingratitud*», *Hispanic Review*, XLVIII, 1980, pp. 347-360.

17. Es la tesis defendida por Juan Millé y Giménez, *Sobre la génesis del Quijote. Cervantes, Lope, Góngora, el «Romancero general», el «Entremés de los Romances»*, Barcelona, Araluce, 1930, pp. 99-147; y José López Navío, «El *Entremés de los Romances*, sátira contra Lope de Vega, fuente de inspiración de los primeros capítulos del *Quijote*», *Anales Cervantinos*, VIII, 1959-1960, pp. 151-212. Para los problemas relativos al entremés y su relación con el *Quijote*, es fundamental el artículo de Geoffrey L. Stagg, «*Don Quijote* and the *Entremés de los romances*. A Retrospective», *Cervantes*, XXII, 2, 2002, pp. 129-150.

18. José López Navío, «Cide Hamete Benengeli: Lope de Vega», *Anales Cervantinos*, VIII, 1959-1960, pp. 213-224.

19. José López Navío, «Génesis y desarrollo del *Quijote*», *Anales Cervantinos*, VII, 1958, pp. 157-235. La posible semejanza entre Lope y el hidalgo manchego también fue advertida por Juan Millé y Giménez, *Sobre la génesis del Quijote*, pp. 144-145.

20. Lope de Vega, *La Filomena con otras diversas rimas, prosas y versos*, en *Obras poéticas*, p. 660.

21. Lope de Vega, *El premio del bien hablar*, acto I, escena 10, en *Comedias escogidas*, vol. I, p. 496.

octava silva del *Laurel de Apolo* (1630)<sup>22</sup>; y en el cuarto acto de *La Dorotea* (1632) le colocó entre los mejores poetas españoles de su época<sup>23</sup>. Pero en 1605 la procesión iba por dentro, y más pronto o más tarde tenía que ver la luz. Las ofensas vertidas en el *Quijote* requerían una respuesta inmediata y ejemplar, aunque en este, como en otros casos, Lope recurrió al viejo truco de tirar la piedra y esconder la mano. En concreto, los primeros ataques recibidos por Cervantes tras publicarse el *Quijote* consistieron en una tanda de sonetos anónimos e injuriosos, disparados a traición desde las filas de Lope, de los que sólo hemos conservado uno —el que comienza «Pues nunca de la Biblia digo le-»<sup>24</sup>— en que a Cervantes se le llama cornudo, manco, «buey», «potrilla» (o viejo verde), frisón de la carroza de Lope y «puerco en pie». En un terreno más académico y pulcro, el Fénix dio a conocer en 1609 su *Arte nuevo de hacer comedias en este tiempo*<sup>25</sup>, en cuyos versos, aunque sin nombrarlo, responde a las críticas que Cervantes había dirigido contra sus comedias<sup>26</sup>.

La batalla literaria debió de continuar de manera soterrada en los años posteriores, cuando los dos escritores residían en Madrid, frecuentaban los mismos círculos —en la Academia del conde de Saldaña, Cervantes presta a Lope unos anteojos «que parecían huevos estrellados mal hechos»<sup>27</sup>—, y trataban de lograr el éxito mediante el cultivo de los mismos géneros —novela pastoril, novela bizantina, novela corta, comedia—, a veces siguiendo cada uno los pasos de su rival<sup>28</sup>; aunque el siguiente encontronazo del que tenemos noticias documentales data del año 1613, en que salen a la calle las

22. Lope de Vega, *Laurel de Apolo*, edición de Antonio Carreño, Madrid, Cátedra, 2007, p. 413.

23. Lope de Vega, *La Dorotea*, edición de Edwin S. Morby, Madrid, Castalia, 1987, p. 349.

24. Fue dado a conocer por Juan Antonio Pellicer y Saforcada, *Ensayo de una Biblioteca de traductores españoles*, Madrid, Antonio de Sancha, 1778, p. 171, y lo reproducen casi todas las biografías de Cervantes.

25. Lope de Vega, *Arte nuevo de hacer comedias*, edición de Enrique García Santo-Tomás, Madrid, Cátedra, 2006.

26. Alberto Porqueras Mayo, «El arte nuevo de Lope de Vega o la loa dramática a su teatro como respuesta a Cervantes», en *Estudios sobre Cervantes y la Edad de Oro*, Alcalá de Henares, Biblioteca de Estudios Cervantinos, 2003, pp. 147-162. Por su parte, Martín Jiménez sostiene que, si bien la primera versión impresa de *El arte nuevo* que conocemos data del año 1609, es probable que existiera una edición anterior o que el documento circulara manuscrito, con lo que la diatriba contra las comedias incluida en el *Quijote* sería la respuesta de Cervantes a las fórmulas dramáticas expuestas por Lope en su *Arte nuevo* (Alfonso Martín Jiménez, «El manuscrito de la primera parte del *Quijote*», pp. 259-277).

27. Lope de Vega, «Al duque de Sessa», Madrid, 2 de marzo de 1612, en *Cartas*, edición de Nicolás Marín, Madrid, Castalia, 1985, p. 110.

28. Véase Emilio Carilla, «Cervantes y la novela bizantina (Cervantes y Lope de Vega)», *Revista de Filología Española*, LI, 1968, pp. 155-167; Marina S. Brownlee, *The Poetics of Literary Theory. Lope de Vega's Novelas a Marcia Leonarda and their Cervantine Context*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1981; Rosa Navarro Durán, «Diálogo entre novelas. Lope y Cervantes manejan los hilos», *Anuario de Estudios Cervantinos*, 3, 2007, pp. 119-131; Stanislav Zimic, «Cervantes frente a Lope y a la Comedia nueva. Observaciones sobre *La Entretenida*», *Anales Cervantinos*, XV, 1976, pp. 19-119; Felipe B. Pedraza Jiménez, «Cervantes frente al teatro de su tiempo», en *Cervantes y Lope de Vega*, pp. 191-216.

*Novelas ejemplares*, acompañadas de un prólogo<sup>29</sup> en que Cervantes incluye una semblanza de sí mismo con la que sin duda quiso parodiar el retrato de Pacheco y el elogio, redactado por Baltasar Elisio de Medinilla, que anteceden al texto de la *Jerusalén conquistada* (1609)<sup>30</sup>; y Lope, por su parte, vuelve a zaherir a Cervantes en *La dama boba* y *San Diego de Alcalá*. En la primera de estas comedias, el autor incluyó unas redondillas con las que probablemente trató de burlarse de Cervantes<sup>31</sup>, que entonces vivía muy pobremente cerca de su casa, en la calle de las Huertas, y al que tacha de hombre malquisto y adusto, poetastro ignorante y engreído, burlón inoportuno y cristiano falso, «que viene de Muleyes / y a los godos se levanta»<sup>32</sup>. En la otra comedia, *San Diego de Alcalá*, como respuesta a las recién editadas *Novelas ejemplares*, en cuyo prólogo el autor había recordado su cautiverio en Argel y la pérdida de «la mano izquierda de un arcabuzazo» en la batalla naval contra los turcos<sup>33</sup>, Lope saca a escena a un soldado tullido, huraño, gruñón y presuntuoso, apellidado Cervantes<sup>34</sup>, cuyo modelo sin duda fue su rival, el antiguo combatiente de Lepanto, ahora hundido en la miseria<sup>35</sup>.

La guerra se recrudece en el otoño de 1614, cuando se imprime un *Quijote* apócrifo, firmado por Alonso Fernández de Avellaneda y precedido de un prólogo<sup>36</sup> lleno de insultos contra Cervantes, en cuya redacción el Fénix debió de colaborar de alguna forma<sup>37</sup>. Entre otras cosas, en aquel prefacio a Cervantes se le echa en cara su vejez, su manquedad y el ridículo verdor juvenil de que hace gala; su engreimiento e inmodestia desmedidos; su soledad, ocasionada por su temperamento atrabiliario y sus muchos años; su carácter envidioso; el desprecio que sienten por él los caballeros y los señores de título. Como

29. Miguel de Cervantes, *Novelas ejemplares*, «Prólogo», en *Obras completas*, vol. II, pp. 9-10.

30. Lope de Vega, *Jerusalén conquistada. Epopeya trágica*, lib. XVII, edición de Joaquín de Entrambasaguas, Madrid, CSIC, 1951-1954, 3 vols., vol. I, pp. 13-19.

31. Lo señaló Justo García Soriano, *Los dos «Don Quijotes». Investigaciones acerca de la génesis de «El ingenioso hidalgo» y de quién pudo ser Avellaneda*, Toledo, Talleres Tipográficos Rafael Gómez Menor, 1944, pp. 175-176. Las redondillas figuran en el autógrafo de Lope conservado en la Biblioteca Nacional, que perteneció a la actriz Jerónima de Burgos, y pueden leerse en las ediciones modernas que citamos a continuación.

32. Lope de Vega, *La dama boba*, acto III, escena 23, edición de Alonso Zamora Vicente, Madrid, Espasa-Calpe, Clásicos Castellanos, 2.ª edic., 1969, pp. 267-268; y edición de Diego Marín, Madrid, Cátedra, 1976, pp. 176-178.

33. Miguel de Cervantes, *Obras completas*, vol. II, p. 9.

34. Lope de Vega, *San Diego de Alcalá*, acto III, escena 2, en *Comedias escogidas*, vol. IV, p. 528.

35. Thomas E. Case, «Lope's 1613 Answer to Cervantes», *Bulletin of the Comediantes*, XXXII, 1980, pp. 125-129.

36. Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, que contiene su tercera salida y es la quinta parte de sus aventuras*, edición de Fernando García Salinero, Madrid, Castalia, 1999, pp. 51-55.

37. Véase Nicolás Marín López, «La piedra y la mano en el prólogo del *Quijote* apócrifo», en *Estudios literarios sobre el Siglo de Oro*, Granada, Universidad de Granada, 2.ª edic., 1994, pp. 279-313; y Daniel Eisenberg, «Cervantes, Lope y Avellaneda», en *Estudios cervantinos*, Barcelona, Sirmio, 1991, pp. 119-141. La autoría lopesca del prólogo de Avellaneda ya fue apuntada por Justo García Soriano, *Los dos «Don Quijotes»*, p. 205.

remate, en el capítulo cuarto se vuelve a tildar a Cervantes de cornudo mediante juegos de palabras y alusiones indirectas cuyo sentido debió de quedar bastante claro en el momento en que se imprimieron<sup>38</sup>.

Ese mismo año salía de las prensas madrileñas el *Viaje del Parnaso*, en que, además de lanzar otra andanada contra el Fénix y los dramaturgos de su escuela<sup>39</sup>, Cervantes sacude a Lope con elegante ironía al hacerle descender desde la nube en que sus seguidores lo tenían encumbrado<sup>40</sup>.

En fin, en el otoño de 1615 se publican las *Ocho comedias y ocho entremeses* de Cervantes, en cuyo prólogo el autor vuelve a aludir a Lope de manera ambigua, llamándole «monstruo de naturaleza»<sup>41</sup>. En ese mismo volumen, Cervantes imprime su comedia *La entretenida*, en que, con la sutileza habitual, trata de parodiar la comedia lopesca de capa y espada e incluso al propio Lope de Vega, cuyas flaquezas y devaneos quedarían repartidos entre los distintos personajes de la obra<sup>42</sup>; y el entremés de *La guarda cuidadosa*, en que las supuestas excelencias de la obra de Lope se ponen en entredicho<sup>43</sup>.

Poco después aparece la segunda parte del *Quijote* cervantino, en cuyo preámbulo, más que una censura de la continuación apócrifa de la obra, hallamos una respuesta meditada y muy serena a los insultos vertidos en el prólogo del *Quijote* avellanedesco. Además, junto a la inevitable alusión a las «mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates» que «se representan por ahí, casi de ordinario», pronunciada por Maese Pedro<sup>44</sup>, y alguna otra referencia maliciosa al Fénix, la novela incluía la recreación burlesca, puesta en boca de Altisidora<sup>45</sup>, del romance de Lope «De pechos sobre una torre», publicado en el *Romancero General* de 1600<sup>46</sup>. También se ha creído ver a Lope caricaturizado en la figura del Caballero del Verde Gabán y en la de Maese Pedro, aunque con argumentos menos convincentes<sup>47</sup>.

38. Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, pp. 94-95.

39. «Adiós, teatros públicos honrados / por la ignorancia, que ensalzada veo / en cien mil disparates recitados» (Miguel de Cervantes, *Viaje del Parnaso*, cap. 1, en *Obras completas*, vol. I, p. 74).

40. Miguel de Cervantes, *Viaje del Parnaso*, cap. 2, en *Obras completas*, vol. I, p. 82. Véase Ellen Lokos, *The Solitary Journey. Cervantes's Voyage to Parnassus*, New York, Peter Lang, 1991, pp. 131-172; y Francisco Márquez Villanueva, «El retorno del Parnaso», en *Trabajos y días cervantinos*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1995, pp. 212-213.

41. Miguel de Cervantes, *Obras completas*, vol. I, p. 210.

42. Stanislav Zimic, «Cervantes frente a Lope y a la Comedia nueva. Observaciones sobre *La Entrenida*», *Anales Cervantinos*, XV, 1976, pp. 19-119.

43. «A mí poco se me entiende de trovas; pero éstas me han sonado tan bien, que me parecen de Lope, como lo son todas las cosas que son o parecen buenas» (Miguel de Cervantes, *Obras completas*, vol. I, p. 691). Cursiva nuestra.

44. Miguel de Cervantes, *Quijote*, II, 26, en *Obras completas*, vol. II, p. 682.

45. Miguel de Cervantes, *Quijote*, II, 57, en *Obras completas*, vol. II, pp. 798-799.

46. Rafael Osuna, «Una parodia cervantina de un romance de Lope de Vega», *Hispanic Review*, XLIX, 1981, pp. 87-105.

47. Helena Percas de Ponseti, *Cervantes y su concepto del arte. Estudio crítico de algunos aspectos y episodios del «Quijote»*, Madrid, Gredos, 1975, 2 vols., vol. II, pp. 357-375; y, de la misma autora, «Cervantes y Lope de Vega: Postrimerías de un duelo literario y una hipótesis», *Cervantes*, XXIII, 1, 2003, pp. 63-115.

## ES HOMBRE QUE ESCRIBE Y TRATA NEGOCIOS

A pesar de la aureola de heroísmo con que el cervantismo oficial ha rodeado la figura de Miguel, lo cierto es que aquel hombre que en 1605 publicó un libro genial, y a quien la historia ha cargado de laureles póstumos, en vida fue un ser desplazado a los arrabales de la sociedad, que nunca pudo saborear el reconocimiento y las prebendas de que gozaban otros escritores en las cortes nobiliarias y los medios oficiales, y al que algunos colegas miraron con ojeriza y desdén.

El motivo de la marginación que sufrió Cervantes a lo largo de su vida hay que buscarlo, en primer lugar, en sus orígenes familiares. El bisabuelo de Cervantes, Ruy, o Rodrigo, Díaz de Cervantes, que debió de nacer hacia 1435, fue trapero en Córdoba; su abuela paterna, Leonor Fernández de Torreblanca, casada con el licenciado Juan de Cervantes, el hijo de Rodrigo Díaz, era hija de Juan Díaz de Torreblanca, médico y cirujano, y de Isabel Fernández, cuyo padre fue el rico mercader Diego Martínez, que tuvo otros hijos, aparte de la bisabuela de Miguel: Luis Martínez de Torreblanca, médico; Diego Martínez, sillero; Inés Fernández, que casó con un boticario genovés. El padre de Miguel, Rodrigo de Cervantes, era un humilde cirujano que cambió frecuentemente de residencia y que en alguna ocasión fue encarcelado por deudas<sup>48</sup>.

Todas las profesiones citadas y otras similares, frecuentes entre los antepasados paternos de nuestro autor, fueron características de los judíos primero, y de los cristianos nuevos tras las persecuciones del siglo XV, las conversiones forzosas y la expulsión definitiva decretada en 1492<sup>49</sup>; y aunque este hecho por sí solo no demuestre nada, y aun suponiendo que la cristiandad de los Cervantes, Martínez y Torreblanca no fuera reciente, parece claro que sus ocupaciones y ascendencia no eran las más adecuadas para quienes aspirasen a medrar en una sociedad en que al mercader, al cambista, al trapero, al cirujano y al médico se les endosaba el sambenito de confesos sin más motivo que su ocupación, y en que, como veremos después, tales oficios eran tachados de «infames», «viles» y «muy abatidos»<sup>50</sup>.

Tanto los Cervantes como muchas otras familias con profesiones y orígenes similares procuraron desembarazarse de su pasado, harto incómodo en aquella sociedad, y mediante una calculada «estrategia de difuminación

48. Luis Astrana Marín, *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, Reus, 1948-1958, 7 vols., vol. I, pp. 33 y ss., y vol. VII, apéndices I-IV; Jean Canavaggio, *Cervantes*, Madrid, Espasa-Calpe, 1987, pp. 23 y ss.; Alfredo Alvar Ezquerro, *Cervantes. Genio y libertad*, Madrid, Temas de Hoy, 2004, pp. 25-40; y Krzysztof Sliwa, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, Kassel, Reichenberger, 2005, pp. 1-89.

49. José Amador de los Ríos, *Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal*, Madrid, Aguilar, 1960, p. 547; Julio Caro Baroja, *Los judíos en la España moderna y contemporánea*, Madrid, Istmo, 2.<sup>a</sup> edic., 1978, 3 vols., vol. II, pp. 33 y ss., y 205 y ss.; y Antonio Domínguez Ortiz, *Los judeoconversos en España y América*, Madrid, Istmo, 1971, pp. 219-240.

50. Véase el clarificador estudio de Francisco Márquez Villanueva, «La cuestión del judaísmo de Cervantes», en *Cervantes en letra viva. Estudios sobre la vida y la obra*, Barcelona, Reverso, 2005, pp. 151-168.

social»<sup>51</sup>, intentaron, unos con más y otros con menos fortuna, mezclarse con la casta mayoritaria de los cristianos ranciosos y convertirse en hidalgos invirtiendo sus ganancias en censos y bienes raíces, o mediante el ejercicio de profesiones consideradas honrosas —ejército, administración, Iglesia, servicio en las casas nobles—, a fin de lograr que la cristiandad vieja, la nobleza, o ambas cosas, les fueran reconocidas legalmente, o *de facto* por lo menos. Así debe interpretarse la actuación del abuelo paterno de Miguel, el licenciado Juan de Cervantes, quien, a lo largo de más de medio siglo de actividad profesional, actuó como abogado del real fisco de la Inquisición y, además de ocupar otros empleos de carácter oficial, fue teniente de corregidor en Alcalá, Córdoba y Cuenca, y desempeñó diversos cargos al servicio del conde de Ureña y de los duques de Sessa y del Infantado<sup>52</sup>, con lo cual logró cerrar la trapería del padre y sustituirla por un estatus honroso. En cambio su hijo Rodrigo, padre de Miguel, no pudo estudiar leyes para abrirse paso en el mundo de la administración y la justicia a causa de su sordera, y tuvo que conformarse con ejercer de cirujano y vivir humildemente<sup>53</sup>. A pesar de ello, en 1552, durante su estancia en Valladolid, Rodrigo pleiteó para que se le reconociera su condición de hidalgo, con lo que evitaba ser encarcelado por deudas<sup>54</sup>, y a tal fin aportó testigos que afirmaron que tanto al litigante como a sus antepasados siempre se les ha tenido «en posesión de hombres hijosdalgo y caballeros», han desempeñado «oficios honrados, los cuales no se dan a personas pecheras, sino a hijosdalgo y caballeros como ellos son», y siempre se les ha visto

muy bien tratados e aderezados, e con muchas sedas e otros ricos atavíos, e con buenos caballos, pajes e mozos de espuelas, e con otros servicios e fantasías que semejantes hidalgos e caballeros suelen e acostumbbran tener e traer [...]; e jugar sortija con caballos buenos e poderosos, como tales caballeros e hijosdalgo, e de ello ha sido y es público e notorio e pública voz e fama e común opinión<sup>55</sup>.

Con el tiempo, y si nada se torcía, el vástago de un humilde cirujano, descendiente de un mercader y un traperero, podría aparecer en letra impresa como

51. Alfredo Alvar Ezquerro, *Cervantes. Genio y libertad*, p. 30.

52. Véase Krzysztof Sliwa, *El licenciado Juan de Cervantes. Efemérides de Juan de Cervantes. Documentos y datos para una biografía del abuelo paterno del autor del Quijote*, Kassel, Reichenberger, 2001. Los mismos datos pueden verse, de manera resumida, en Krzysztof Sliwa y Daniel Eisenberg, «El licenciado Juan de Cervantes, abuelo de Miguel de Cervantes Saavedra», *Cervantes*, XVII, 2, 1997, pp. 106-114; y Krzysztof Sliwa, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, pp. 8-74.

53. José Guillermo García Valdecasas, «Las aventuras del joven Cervantes», en *Las artes de la paz. Ensayos*, Madrid, Centro de Estudios Europa Hispánica, 2007, pp. 431-458, y 431 y ss. para los orígenes e infancia del autor.

54. Krzysztof Sliwa, «La supuesta hidalguía de Rodrigo de Cervantes, padre del autor del Quijote», en *Volver a Cervantes. Actas del IV Congreso de la Asociación de Cervantistas. Lepanto, 1-8 de octubre de 2000*, edición de Antonio Bernat Vistarini, Palma de Mallorca, Universitat de les Illes Balears, 2001, pp. 131-138.

55. Francisco Rodríguez Marín, *Nuevos documentos cervantinos hasta ahora inéditos*, Madrid, Real Academia Española, 1914, pp. 64-149.

«un hidalgo principal de Alcalá de Henares»<sup>56</sup>, o como un «soldado, hidalgo y pobre»<sup>57</sup>, añadir a su primer apellido un pomposo «Saavedra», que nunca utilizaron sus mayores, o sustituirlo por los todavía más ilustres «Pimentel y Sotomayor», que a partir de cierta época usó habitualmente Magdalena de Cervantes, la hermana de Miguel, aunque si todo ello no venía acompañado de riqueza y un estatus digno, era de muy poca utilidad, y la memoria de aquel origen oscuro, muy difícil de borrar. Tal vez ello explique por qué, a pesar de haber servido con lealtad a su rey como soldado y cautivo, Cervantes se vio postergado y desdeñado por la Corona, y tuvo que conformarse con un cargo de proveedor de la armada y otro de recaudador de contribuciones para ganarse la vida.

Volvamos al verano de 1605, la época en que Cervantes y Lope andaban intercambiando las pullas que hemos recordado más arriba. Por aquellos días Miguel y los suyos vivían pobremente en una casa del Rastro vallisoletano, y, como consecuencia de la muerte de don Gaspar de Ezpeleta, un caballero navarro que cayó herido en un duelo delante de su vivienda la noche del 27 de junio, tanto él como sus familiares fueron encarcelados durante dos días por orden del alcalde de corte Cristóbal de Villarroel. Durante el interrogatorio, a Andrea de Cervantes se le preguntó «qué personas son las que entran de visita en el aposento de esta confesante», y ella declaró «que algunas personas entran a visitar al dicho su hermano, por ser hombre que escribe e trata negocios e que por su buena habilidad tiene amigos»<sup>58</sup>.

Un hombre que «escribe y trata negocios». He aquí dos verbos que definen con bastante precisión las actividades que Cervantes ejercía en esos años, y a las que se dedicó de forma continuada durante una buena parte de su vida; aunque, si establecemos un rango entre ambas ocupaciones de acuerdo con los beneficios que cada una de ellas le podía reportar —por el *Quijote* debió de cobrar unos 1.800 reales, lo justo para pagar el alquiler de la vivienda del Rastro durante la etapa vallisoletana<sup>59</sup>—, lo correcto hubiera sido decir que

56. Tras ser descubierta la segunda tentativa de fuga que habían planeado Cervantes y otros cristianos cautivos en Argel, en octubre de 1577, y según el autor de la *Topographia e Historia general de Argel*, los turcos «los prendieron luego a todos, y particularmente maniataron a Miguel de Cervantes, un hidalgo principal de Alcalá de Henares, que fuera el autor deste negocio y era por tanto más culpado» (Diego de Haedo, *Topographia e Historia general de Argel*, Valladolid, por Diego Fernández de Córdoba y Oviedo, 1612, fol. 185). Esta obra se ha venido atribuyendo a Antonio de Sosa, sacerdote benedictino, cautivo con Cervantes y amigo suyo, y Daniel Eisenberg ha apuntado la posibilidad de que su autor fuera el propio Cervantes (Daniel Eisenberg, «Cervantes, autor de la *Topografía e historia general de Argel* publicada por Diego de Haedo», *Cervantes*, XVI, 1, 1996, pp. 32-53).

57. «Aprobación» del *Quijote* de 1615, firmada por el licenciado Márquez Torres, en Miguel de Cervantes, *Obras completas*, vol. II, p. 575.

58. «Averiguaciones hechas por mandado del señor Alcalde Cristóbal de Villarroel, sobre las heridas que se dieron a don Gaspar de Ezpeleta, caballero del hábito de Santiago», en Cristóbal Pérez Pastor, *Documentos cervantinos hasta ahora inéditos*, Madrid, Establecimiento Tipográfico Fortanet, 1897-1902, 2 vols., vol. II, p. 518. El documento también puede leerse en *El proceso Ezpeleta*, edición de Carlos Martín Aires, Burgos, Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2005.

59. Javier Salazar Rincón, *El escritor y su entorno. Cervantes y la corte de Valladolid en 1605*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2006, p. 242.

Cervantes era un hombre dedicado a los negocios y aficionado a escribir, que, antes de esparcirse con las musas, tenía que buscar los medios para que el *panem nostrum cotidianum* no faltara a su familia. Como recordó el propio Miguel, «en el poeta pobre, la mitad de sus divinos partos y pensamientos se los llevan los cuidados de buscar el ordinario sustento»<sup>60</sup>.

Los amigos que por aquellos días visitaban la casa de los Cervantes, y con los que nuestro autor, además de amistad, mantenía relaciones de tipo profesional, eran don Fernando de Toledo, señor de Higuera, un aristócrata manirroto al que Miguel debió de servir como asesor financiero, o como intermediario para que le prestaran dinero con que enjugar sus inacabables deudas; el banquero genovés Agustín Raggio, quien, a pesar de las bancarrotas y pleitos en los que con frecuencia se vio envuelto, había intervenido al lado de los Spinola en un asiento contratado con el rey por valor de 1.420.000 escudos, y con el que nuestro escritor tuvo algunos tratos; y un hombre de negocios portugués, Simón Méndez, para el que Cervantes actuó de agente, y que, por los días en que el *Quijote* empezaba a ser manoseado y leído, estaba encarcelado por deudas<sup>61</sup>.

No hará falta que insistamos en el descrédito que en aquella época pesaba sobre las actividades en que andaban ocupados Cervantes y sus amigos. Aparte de la sospecha de judaísmo en que podían incurrir quienes las ejercitaban, son muchos los escritos de diversa índole en que se afirma que aquellos que se dedican al comercio al por menor o al cambio y el tráfico de moneda son gente «muy amante de su dinero y codicioso del ajeno, vicio que a los hombres de buen ingenio dio siempre muy en rostro»<sup>62</sup>, ya que

todas las artes que vienen a parar en dineros no son liberales ni dignas de hombres libres. En lo cual siguen el ejemplo de los de Esparta, que, según Xenofonte, tenían por cosa ignoble, servil e indigna de un hombre libre tratar en materia de dineros y ejercitar las artes en que no se atiende a otra cosa más de a ganarle<sup>63</sup>.

O, con palabras de Arce de Otálora,

si el hombre tuviere manos y pies, trabaje y cave y are y enseñe muchachos y sea marinero y perrero, antes que sacar a cambio dineros, porque ninguno destes oficios es tan vil como el mohatrar, ni tan enojoso como oír aquella palabra: «Señor, pagadme. *Solve, solve. Redde, redde*»<sup>64</sup>.

60. Miguel de Cervantes, *Adjunta al Parnaso*, en *Obras completas*, vol. I, p. 120.

61. Narciso Alonso Cortés, «Tres amigos de Cervantes», *Boletín de la Real Academia Española*, XXVII, 1947-1948, pp. 143-175, reeditado en *Volumen cervantino*, Valladolid, Ayuntamiento de Valladolid, 2005, pp. 328-358.

62. Tomás de Mercado, *Suma de tratos y contratos* (1571), edición de Restituto Sierra Bravo, Madrid, Editora Nacional, 1975, p. 133.

63. Gaspar Gutiérrez de los Ríos, *Noticia general para la estimación de las artes y de la manera en que se conocen las liberales de las que son mecánicas y serviles*, Madrid, por Pedro Madrigal, 1600, p. 50.

64. Juan de Arce de Otálora, *Coloquios de Palatino y Pinciano* (h. 1550), edición de José Luis Ocasar Ariza, Madrid, Turner, Biblioteca Castro, 1995, 2 vols., vol. II, p. 1123.

De otro lado, el desprestigio de algunos de los personajes con los que trató Cervantes era casi proverbial. En concreto, los comerciantes y banqueros genoveses, instalados en España desde que se abrió el comercio con América, y cuyo auxilio, en forma de empréstito, solicitaron los reyes en distintas ocasiones, eran vistos como auténticas aves de rapiña: la esponja y polilla de unas riquezas ganadas con gran esfuerzo, que al final iban a dar a sus arcas. En *el Buscón*, Quevedo tacha a los genoveses de «anticristianos de las monedas de España»<sup>65</sup>, y en una de sus letrillas, el oro «nace en las Indias honrado, / donde el mundo le acompaña; / viene a morir en España, / y es en Génova enterrado»<sup>66</sup>. Tomé Pinheiro afirma en su *Fastiginia* que, si bien es cierto que las armas y las letras «enriquecían y ennoblecían los reinos», «las armas de Flandes y las letras de cambio de Génova tienen destruida la monarquía de España»<sup>67</sup>; y en un pasaje de *El licenciado Vidriera*, cuando el protagonista se hallaba en Valladolid,

En la acera de San Francisco estaba un corro de ginoveses, y, pasando por allí, uno dellos le llamó, diciéndole:

—Lléguese acá el señor Vidriera y cuéntenos un cuento.

Él respondió:

—No quiero, porque no me le paséis a Génova<sup>68</sup>.

En cuanto a los hombres de negocios portugueses, asentados en las principales ciudades de la Península desde que el reino de Portugal quedó incorporado a la Monarquía Hispánica en 1580, se les consideraba, sin más, descendientes de judíos —muchos lo eran, efectivamente—, hasta tal punto que, en aquellos años, cualquier personaje oriundo de Portugal que se dedicara a las actividades en que tradicionalmente se habían especializado los hebreos —artesanía, comercio, finanzas y medicina—, se convertía automáticamente en objeto de sospechas; y a este respecto es significativa la historia del licenciado González, médico de Illescas, recogida por Caro Baroja en su estudio sobre *Los judíos en la España moderna y contemporánea*: En 1614, el doctor fue acusado de judaizante y procesado por la Inquisición porque en su casa se guisaba sin tocino, y porque, con palabras del comisario que se encargó del asunto, siendo el acusado «médico y portugués, tiene mucho andado para que trabajemos con él»<sup>69</sup>.

Si nos fijamos en el entorno familiar del escritor, las cosas no iban mejor. Tanto las hermanas de Miguel, Andrea y Magdalena, como su sobrina Cons-

65. Francisco de Quevedo, *Historia de la vida del Buscón*, lib. II, cap. 3, en *Obras completas. Prosa*, edición de Luis Astrana Marín, Madrid, Aguilar, 3.<sup>a</sup> edic., 1945, p. 145.

66. Francisco de Quevedo, *Poesía original completa*, edición de José Manuel Blecua, Barcelona, Planeta, 1981, p. 717.

67. Tomé Pinheiro da Veiga, *Fastiginia. La vida cotidiana en la corte de Valladolid (1605)*, traducción y notas de Narciso Alonso Cortés, Valladolid, Ámbito y Fundación Municipal de Cultura, 1989, p. 44.

68. Miguel de Cervantes, *El licenciado Vidriera*, en *Obras completas*, vol. II, p. 138. Recuérdese que un cuento era una unidad monetaria teórica, equivalente a un millón de maravedís.

69. Julio Caro Baroja, *Los judíos en la España moderna y contemporánea*, vol. II, p. 210.

tanza, habían andado en tratos amorosos con distintos caballeros, que al final las abandonaron tras resarcirlas con indemnizaciones sustanciosas; e Isabel de Saavedra, la hija natural del escritor, no tardaría en seguir los mismos pasos. Algunos biógrafos de Cervantes han querido pintar a estas mujeres como a unas pobres muchachas sin recursos, víctimas de la vileza de señores poderosos que las repudiaron tras haberlas seducido. Rosa Rossi vino a poner las cosas en su sitio al situar a estas jóvenes, no junto al personaje de la doncella burlada, muy corriente en la literatura de la época, sino al lado de las *damas servidas* o *cortesananas*: señoras de cierta categoría que, a diferencia de las prostitutas de la calle, contaban con un amante fijo que las mantenía, o recibían en su casa con alguna asiduidad a caballeros discretos y acaudalados<sup>70</sup>. Ellen Lokos y Márquez Villanueva, por su parte, han apuntado que lo que hacía incasables a *las Cervantas* —así se las llama despectivamente en las «Averiguaciones»<sup>71</sup>—, era, precisamente, su genealogía y su estatus social<sup>72</sup>.

Teniendo en cuenta lo dicho, es fácil imaginar que muchos mirarían con recelo a aquel manco de linaje espurio, que vivía rodeado de mujeres de reputación dudosa, dedicado a negocios imprecisos, que, a pesar de titularse escritor, hasta los cincuenta y siete años no había sacado provecho alguno a las letras, y que se relacionaba asiduamente con un hombre de negocios genovés dedicado al tráfico de dinero y asediado por los pleitos, y con un tal Simón Méndez, encarcelado por deudas, cuya ascendencia judía no está comprobada, aunque muchos pensarían lo mismo que el inquisidor de marras: Negociante y portugués... sólo con eso hay bastante para que la Inquisición se ocupe de él.

En fin, la retahíla de insultos lanzada contra Cervantes por Lope y su camarilla —casi todos ellos relacionados con el linaje, la falta de amigos y protectores y el deshonor sexual— acaban de completar la imagen pública de un escritor que, como señaló Américo Castro, ocupaba dentro del armazón social de 1600 una posición periférica, distanciada, extra-vagante (en sentido etimológico)<sup>73</sup>.

## UN HIDALGO, UN LINAJE Y UN ESCUDO

A diferencia de Cervantes, cuyos antecedentes familiares no eran de los que se exhiben con orgullo, Lope poseyó desde su cuna el linaje necesario para

70. Véase Rosa Rossi, *Tras las huellas de Cervantes. Perfil inédito del autor del Quijote*, Madrid, Trotta, 2000, pp. 47-60; Manuel Fernández Álvarez, *Cervantes visto por un historiador*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2005, pp. 398 y ss.; y Enrique Villalba Pérez, «Mujeres desgarradas en el tiempo y en la vida de Cervantes», en Carmen Iglesias y otros (dir.), *El mundo que vivió Cervantes*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2005, pp. 229-246.

71. «Averiguaciones hechas por mandado del señor Alcalde Cristóbal de Villarroel», p. 488.

72. Ellen D. Lokos, «The Politics of Identity and the Enigma of Cervantine Genealogy», en Anne J. Cruz (ed.), *Cervantes and his Postmodern Constituencies*, New York, Garland, 1999, pp. 116-133; y Francisco Márquez Villanueva, «La cuestión del judaísmo de Cervantes», pp. 157-164.

73. Américo Castro, *Hacia Cervantes*, Madrid, Taurus, 3.ª edic., 1967, p. 335.

sentirse cómodo y plenamente integrado en aquella sociedad, y así continuó a lo largo de su vida. Su padre, Félix de Vega, era oriundo del valle de Carriedo, en las montañas de Cantabria, lo cual, como veremos después, le situaba en una posición inmejorable para gozar del honor y la consideración; y durante la mayor parte de su vida ejerció como maestro bordador, un oficio que, a diferencia de los llamados «mecánicos» y «viles», era tenido por un «arte liberal»<sup>74</sup>, compatible con la hidalguía y la honra, y, sobre todo, propio de cristianos viejos<sup>75</sup>. En cuanto a la madre, Francisca Fernández Flores, o Francisca del Carpio, como se la llama en otras ocasiones, no es seguro que fuera montañesa como el padre, pero entre sus parientes había alguno tan influyente como Miguel del Carpio, inquisidor en Sevilla. Aunque no sabemos cuándo contrajeron matrimonio, parece que los padres de Lope se habían trasladado a Valladolid al calor de la corte, y a principios de 1562 se establecieron en Madrid, adonde el padre habría llegado siguiendo un amor adúltero, y donde, tras reconciliarse los esposos, nació nuestro dramaturgo ese mismo año<sup>76</sup>.

A pesar de las afirmaciones de Pérez de Montalbán, que reproducimos más abajo, el padre de Lope nunca debió de tener un documento en que se reconociera su hidalguía, ni está probado que la madre fuera de ascendencia noble, y él mismo se refirió en diversas ocasiones a sus orígenes humildes<sup>77</sup>.

74. En el libro tercero del extenso tratado que dedicó a estas cuestiones, Gutiérrez de los Ríos, reflejando la opinión común en su época, afirmaba taxativamente que «la pintura, escultura y las demás artes del dibujo, cuyo fin es imitar la naturaleza, como es la tapicería, platería y el bordado, si es de matiz, no son artes mecánicas», sino liberales, «por trabajar más en ellas el entendimiento que el cuerpo» (Gaspar Gutiérrez de los Ríos, *Noticia general para la estimación de las artes*, pp. 111-114); y en el pleito que el gremio de pintores mantuvo con la Hacienda Real para que se les eximiera del pago de la alcabala, fue el propio Lope quien recordó que «nunca ha visto ni oído decir que la pintura haya pagado alcabala ni reparatimiento, por ser, como es, arte liberal científico. Y que para que esta verdad quede probada con ejemplo, se vean los libros de la Villa de Madrid, el año que entró la Reina doña Isabel de la Paz, segunda mujer de Filipo II, porque él oyó decir a sus padres que habiendo salido todos los oficios y soldadesca con capitanes y banderas, cajas y arcabuces, sólo se habían reservado pintores, bordadores y plateros, que siendo esto así, no es necesaria mayor prueba» («Dicho y deposición de Frey Lope Félix de Vega Carpio», en el *Memorial informatorio por los pintores en el pleito que tratan con el señor Fiscal de su Majestad, en el Real Consejo de Hacienda, sobre la exemption del Arte de la Pintura*, Madrid, 4 de noviembre de 1628, impreso en la obra de Vicente Carducho, *Diálogo de la pintura*, Madrid, por Francisco Martínez, 1633, fol. 166).

75. Mientras que los sederos, los plateros, los traperos o los sastres abundan en los padrones de conversos que tuvieron que rendir cuentas a la Inquisición, los bordadores están por completo ausentes. Pueden verse, entre otros documentos, Francisco Cantera Burgos y Pilar León Tello, *Judaizantes del arzobispado de Toledo habilitados por la Inquisición en 1495 y 1497*, Madrid, Universidad de Madrid, 1969, pp. XI-XXV; Marcel Bataillon, «Les nouveaux chrétiens de Segovie en 1510», *Bulletin Hispanique*, LVIII, 1956, pp. 207-231; y Claudio Guillén, «Un padrón de conversos sevillanos (1510)», *Bulletin Hispanique*, LXV, 1963, pp. 49-89.

76. Para la ascendencia familiar de Lope y su posible hidalguía, sigue siendo fundamental el estudio de Alfred Morel-Fatio, «Les origines de Lope de Vega», *Bulletin Hispanique*, VII, 1905, pp. 38-53. Para otros datos de la biografía de Lope que figuran en esta sección, seguimos a Américo Castro y Hugo A. Rennert, *Vida de Lope de Vega (1562-1635)*, Salamanca, Anaya, 1968; Alonso Zamora Vicente, *Lope de Vega. Su vida y su obra*, Madrid, Gredos, 2.<sup>a</sup> edic., 1969; así como la *Nueva biografía de Lope de Vega*, de Cayetano Alberto de la Barrera, ya citada.

77. «Entre estas desiertas vegas cuyas márgenes fueron los primeros brazos de mi nacimiento humilde; y donde, si el aire os toca, pueda alzar la coronada frente de verdes ovas mi patrio Manzanares» (Lope de Vega, «Belardo a su zampoña», *La Arcadia*, lib. V, edic. cit., p. 451).

Sin embargo, y de acuerdo con la mentalidad y los usos sociales del Siglo de Oro, lo cierto es que a los oriundos de la Montaña cántabra, León, Asturias, el País Vasco y, en general, del norte peninsular, se les consideraba hidalgos y cristianos viejos sin reticencias, y sin necesidad de probanzas ni ejecutorias, aunque muchos de ellos fueran pobres de solemnidad<sup>78</sup>.

La indiscutible hidalguía de los montañeses, vizcaínos y asturianos fue abordada por Cervantes en tono de chanza y con punzante ironía<sup>79</sup> —tal vez al hacerlo pensaba en Lope de Vega—. Así, don Sancho de Azpeitia se ofende cuando su condición de caballero se pone en duda, y jura ser «vizcaíno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo»<sup>80</sup>. En el diálogo que mantiene con don Quijote a propósito del linaje de Dulcinea, Vivaldo recuerda irónicamente a los «Cachopines de Laredo»<sup>81</sup>, apellido que ha venido a designar, por antonomasia, al hidalgo montañés presuntuoso<sup>82</sup>. Doña Rodríguez, que sirve como dueña en el palacio de los duques, dedicada a tareas imprecisas, era «natural de las Asturias de Oviedo, y de linaje que atraviesan por él muchos de los mejores de aquella provincia»; y su esposo, ya difunto, hombre «barbudo y apersonado y, sobre todo, hidalgo como el Rey, porque era montañés»<sup>83</sup>.

De las ínfulas nobiliarias de los montañeses también se burlaron Salas Barbadillo<sup>84</sup>, Alcalá Yáñez<sup>85</sup> y Vélez de Guevara<sup>86</sup>. Quevedo, por su parte,

78. Antonio Domínguez Ortiz, *Las clases privilegiadas en la España del Antiguo Régimen*, Madrid, Istmo, 1973, pp. 167 y ss.; y Faustino Menéndez Pidal, *La nobleza en España: ideas, estructuras, historia*, Madrid, Fundación Cultural de la Nobleza Española, 2008, pp. 143-147 y 299 y ss.

79. Javier Salazar Rincón, *El mundo social del Quijote*, Madrid, Gredos, 1986, pp. 109 y ss.

80. Miguel de Cervantes, *Quijote*, I, 8, en *Obras completas*, vol. II, p. 334.

81. Miguel de Cervantes, *Quijote*, I, 13, en *Obras completas*, vol. II, p. 351.

82. Cfr. «Yo os prometo, a fe de hijodalgo, porque lo soy, que mi padre es de los Cachopines de Laredo...» (Jorge de Montemayor, *Los siete libros de Diana* [1559], edición de Juan Montero, estudio preliminar de Juan Bautista Avallé-Arce, Barcelona, Crítica, 1996, pp. 117-118). Para los orígenes y existencia real de este apellido, véase Narciso Alonso Cortés, «Los Cachupines de Laredo», *Artículos histórico-literarios*, Valladolid, Imprenta Castellana, 1935, reeditado en *Volumen cervantino*, Valladolid, Ayuntamiento de Valladolid, 2005, pp. 285-290.

83. Miguel de Cervantes, *Quijote*, II, 48, en *Obras completas*, vol. II, p. 763.

84. «Y téngame lástima, por amor de Dios, pues pierdo el regalo de su dulce conversación por la de un caduco impertinente, templado al tiempo del Conde Fernán González, más hidalgo que Laín Calvo, y tan montañés que me dice infinitas veces esta vanidad: que la casa de Austria deja de ser de las más ilustres de todas cuantas hoy hay en el mundo solamente por no haber tenido sus principios en las montañas de León» (Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, *La hija de Celestina* [1612], en *La novela picaresca española*, edición de Ángel Valbuena Prat, Madrid, Aguilar, 7.ª edic., 1986, 2 vols., vol. I, p. 1117).

85. «Paréceme —le dije—, que vuesamerced hace conmigo lo que un montañés hidalgo con sus hijos. Llegábase la hora de comer o cenar y no había pan en casa, y para acallarlos, abría una arca y sacaba della un gran libro, donde tenía escrita toda su descendencia, desde sus tatarabuelos, así por línea recta como transversal, refiriendo más parentela que tuvo nuestro primer padre. Y habiéndoles quebrado la cabeza con su genealogía, decíales: Gracias a Dios, hijos míos, que tenéis buen padre y que sois hidalgos: ninguno os podrá decir que es mejor que vosotros» (Jerónimo de Alcalá Yáñez y Ribera, *El donado hablador Alonso, mozo de muchos amos* [1624], parte I, cap. 4, en *La novela picaresca española*, vol. II, p. 178).

86. «—¡Qué presto te pagaste! —dijo don Cleofás—. Algún cuarto debes de tener de demonio villano. —Es imposible —respondió el Cojuelo—, porque decendemos todos de la más noble y más alta Montaña de la tierra y del cielo, y aunque seamos zapateros de viejo, en siendo montañeses todos

caricaturizó a estos personajes en la figura de don Toribio Rodríguez Vallejo Gómez de Ampuero y Jordán, «hidalgo hecho y derecho, de casa de solar montañés», pero desengañado de su nobleza, porque «no puede ser hijo de algo el que no tiene nada»<sup>87</sup>; y, desde mediados del siglo XVII, el tipo cristalizó en el figurón dramático del montañés, pobre, presuntuoso y ridículo<sup>88</sup>.

A pesar del tono jocoso con que algunos autores retrataron a estos supuestos hidalgos oriundos de la Montaña, lo cierto es que tales raíces proporcionaban un salvoconducto inequívoco —cristiandad vieja e hidalguía inmemoriales— para moverse cómodamente por aquella España llena de recelos y prejuicios, y para encontrar francas las puertas de los palacios, las iglesias y la misma corte<sup>89</sup>. En las crónicas y otros relatos históricos, la hidalguía y el origen montañés sirven para engrandecer, y en cierto modo explicar, la conducta valerosa de soldados, caudillos y capitanes<sup>90</sup>; y por aquellos años, para

somos hidalgos; que muchos dellos nacen como los escarabajos y los ratones, de la putrefacción» (Luis Vélez de Guevara, *El diablo cojuelo* [1641], tranco 5, edición de Francisco Rodríguez Marín, Madrid, Espasa-Calpe, Clásicos Castellanos, 1969, p. 89).

87. Francisco de Quevedo, *Historia de la vida del Buscón*, lib. II, cap. 5, en *Obras completas. Prosa*, pp. 149-150.

88. Salvador García Castañeda, «De figurón a hombre de pro. El montañés en la literatura de los siglos XVIII y XIX», en Douglas Barnette y Linda Jane Barnette (eds.), *Studies in Eighteenth-Century Spanish Literature and Romanticism in Honor of John Clarkson Dowling*, Newark, Juan de la Cuesta, 1985, pp. 89-98.

89. «¿Quién es aquí mi secretario?», pregunta Sancho al tomar posesión del gobierno de la Ínsula. Y uno de los que estaban presentes responde: «Yo, señor, porque sé leer y escribir, y soy vizcaíno». «Con esta añadidura —dijo Sancho—, bien podéis ser secretario del mismo Emperador» (Miguel de Cervantes, *Quijote*, II, 47, en *Obras completas*, vol. II, p. 758).

90. «E porque no se dejase de inquerir la disposición de la tierra, proveyó el general de su teniente, e dio su poder para ello a un su criado que se decía Rodrigo de Isla, hombre hijodalgo y montañés, natural de Escalante; el cual con los otros capitanes y gente prosiguieron su camino por tierra áspera, y falta de mantenimiento y agua y de todo lo demás, y despoblada. E si acaso no hallaran un charco y pequeña laguna, perescieran de sed muchos dellos [...]. Estuvieron, en ir e tornar, cuarenta días [...]. E podrían haber andado hasta cient leguas [...]» (Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias* [1535-1557], lib. XXII, cap. 3, edición de Juan Pérez de Tudela Bueso, Madrid, Atlas, 1957, 5 vols. [Biblioteca de Autores Españoles, tomos 117-121], vol. II, p. 346). «Mandó el marqués de Pescara a este Santillana que fuese a reconocer un escuadrón de gente que de una parte a otra pasaba. Y en el camino, a vista de los ejércitos, cercado de mucha gente de a caballo, arrimándose a un árbol, peleó tan valientemente, que le derribaron con nueve heridas en tierra y jamás le pudieron rendir, ni le pudieron socorrer, por estar los escuadrones en orden para dar la batalla, que luego se dio, porque estaba algo lejos del fuerte. Este soldado se señaló en lo de Pavía, y fue el primero que en Italia ganó ventaja, o sueldo aventajado. Fue muy estimado entre todos los soldados, y era común proverbio: Un capitán, Juan de Urbina, y un alférez, Santillana. Era de nación hidalgo montañés» (Fray Prudencio de Sandoval, *Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V*, lib. X, cap. 26, edición de Carlos Seco Serrano, Madrid, Atlas, 1955-1956, 3 vols. [Biblioteca de Autores Españoles, tomos 80-82], vol. I, p. 503). «Un indio de los que se habían escapado, viéndose fuera de aprieto, deseando mostrar la destreza que en su arco y flechas tenía, se apartó de los suyos y dio voces a los castellanos dándoles a entender por señas y algunas palabras que se apartase un balletero dellos en desafío singular y se tirasen sendos tiros a ver cuál dellos era mejor tirador. Uno de los nuestros, que había nombre Juan de Salinas, hidalgo montañés, salió muy apriesa de entre los españoles, los cuales, por asegurarse de las flechas, se habían puesto al reparo de unos árboles que tenían por delante, y fue el río abajo a ponerse en derecho de donde estaba el indio, y, aunque uno de sus compañeros le dio voces que esperase que quería ir con él a hacerle escudo con una rodela, no quiso, diciendo que pues su enemigo no traía ventajas para sí, no quería llevarlas contra él» (Inca Garcilaso de la Vega, *La*

justificar esa hidalguía sin mácula, muchos tratadistas y autores de ficción insisten en afirmar que la verdadera sangre de los godos, fuente indiscutible de nobleza entre los contemporáneos de Cervantes, procedía de aquellas montañas del septentrión, que no pudo hacer suyas el invasor musulmán y en las que nunca se instalaron los judíos.

A los que somos montañeses [escribe fray Antonio de Guevara en una de sus epístolas] no nos pueden negar los castellanos que, cuando España se perdió, no se hayan salvado en solas las montañas todos los hombres buenos, y que después acá no hayan salido de allí todos los nobles. Decía el buen Íñigo López de Santillana que en esta nuestra España que era peregrino, o muy nuevo, el linaje que en la Montaña no tenía solar conocido<sup>91</sup>.

El propio Lope lo apunta en *Las Batuecas del duque de Alba*, cuando Brianda recuerda que

en el riñón de Castilla,  
encierra aquesta montaña  
gente que, en fin, descendió  
de los fugitivos godos  
cuando España se perdió<sup>92</sup>.

Según Moreno de Vargas, aquellos montes y sus «casas fuertes son los verdaderos y antiguos solares de la nobleza de España», porque, cuando los sarracenos arrebataron el reino

a los infelices godos, algunos dellos se recogieron con el infante don Pelayo a las Montañas de Vizcaya, Burgos, Asturias, Galicia, Navarra, Cataluña y Aragón, y en los montes Pirineos, adonde con la aspereza de la tierra y con algunos fuertes que edificaron, se defendieron valerosamente de los moros árabes, que nunca los pudieron entrar<sup>93</sup>.

En el relato del viaje que realizó por España a finales del siglo XVII, madame d'Aulnoy observó que, «como los pueblos de Vizcaya y de Navarra se defendieron de la irrupción de los bárbaros, por la altura y aspereza de sus montañas, se tienen todos ellos por caballeros, hasta los aguadores»<sup>94</sup>; y

*Florida del Inca* [1605], lib. IV, cap. 2, en *Obras completas*, edición de Carmelo Sáenz de Santamaría, Madrid, Atlas, 1960, 4 vols. [Biblioteca de Autores Españoles, tomos 132-135], vol. I, p. 427).

91. Fray Antonio de Guevara, «Letra para el Abad de Sant Pedro de Cardena, en la cual se alaba la tierra de la Montaña», *Epístolas familiares* (1539), en *Obras completas*, edición de Emilio Blanco, Madrid, Turner, Biblioteca Castro, 2004, vol. III, p. 220.

92. Lope de Vega, *Las Batuecas del Duque de Alba*, acto II, en *Obras de Lope de Vega*, edición de Marcelino Menéndez y Pelayo, Madrid, Atlas, 1968, vol. 24 (Biblioteca de Autores Españoles, tomo 215), p. 377.

93. Bernabé Moreno de Vargas, *Discursos de la nobleza de España*, Madrid, por la viuda de Alonso Martín, 1622, fol. 21.

94. Madame d'Aulnoy, *Relación del viaje de España* (1691), en *Viajes de extranjeros por España y Portugal desde los tiempos más remotos hasta comienzos del siglo XX*, recopilación y traducción

fray Benito Peñalosa, apoyándose en un curioso mito fundacional que emparentaba a los habitantes originarios de la Península con un nieto de Noé, explicaba que los vascones antiguos, los cántabros y vizcaínos, los nobles catalanes, gallegos y aragoneses, y «los demás montañeses de septentrión y occidente de España no se mezclaron con los godos, ni con los moros de África ni otras naciones que un tiempo poseyeron estos reinos», por lo que son descendientes «de la antigua sangre de los españoles», y pueden considerarse «reliquias que se conservaron en las montañas de España desde el tiempo de Túbal»<sup>95</sup>.

Teniendo en cuenta lo dicho, se comprenderá que el propio Lope de Vega, que en sus cartas acostumbra a jurar «como montañés»<sup>96</sup>, recordara con orgullo que su «primera patria» fue la

gran Montaña, en quien guardada  
la fe, la sangre y la lealtad estuvo,  
que limpia y no manchada,  
más pura que su nieve la mantuvo<sup>97</sup>.

Y que muchos de sus personajes ostenten ufanos el mismo origen. En *El premio del bien hablar*, don Juan recuerda que «Para noble nacimiento / hay en España tres partes: / Galicia, Vizcaya, Asturias, / o ya montañas se llamen»<sup>98</sup>. En *Porfiar hasta morir*, Macías es un «hidalgo / de los buenos que decienden / de la montaña a Castilla»<sup>99</sup>. Elena, en *La esclava de su galán*:

Yo soy hija, don Juan, de un hombre indiano,  
hidalgo montañés, muy bien nacido;  
diome su luz el cielo mexicano,  
que fue para nacer mi patrio nido<sup>100</sup>.

de J. García Mercadal, Salamanca, Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura, 1999, 6 vols., vol. IV, p. 133.

95. Fray Benito Peñalosa y Mondragón, *Libro de las cinco excelencias del español que despueblan a España para su mayor potencia y dilatación*, Pamplona, por Carlos Labayen, 1629, fols. 75-76. Los mismos argumentos pueden leerse en Mateo Luján de Sayavedra, *Segunda parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache* (1602), lib. II, cap. 9, en *La novela picaresca española*, vol. I, p. 805.

96. Lope de Vega, «Al duque de Sessa», Toledo, 30 de junio de 1610, en *Cartas*, edic. cit., p. 78.

97. Lope de Vega, *Laurel de Apolo*, edic. cit., p. 246. Los mismos tópicos están presentes en otros escritos del autor: «Apenas en mi nido / que de pajas torcidas fabricaba / mi padre, de los montes procedido, / donde Pelayo a España restauraba / del africano fiero» (Lope de Vega, *La Filomena*, en *Obras poéticas*, p. 642). «Tiene su silla en la bordada alfombra / de Castilla el valor de la Montaña / que el valle de Carriedo España nombra. / Allí otro tiempo se cifraba España, / allí tuve principio: mas ¿qué importa, / nacer laurel y ser humilde caña?» (Lope de Vega, «Belardo a Amarilis. Epístola séptima», *La Filomena*, en *Obras poéticas*, p. 811).

98. Lope de Vega, *El premio del bien hablar*, acto I, escena 2, en *Comedias escogidas*, vol. I, p. 493.

99. Lope de Vega, *Porfiar hasta morir*, acto II, escena 2, en *Comedias escogidas*, vol. III, p. 101.

100. Lope de Vega, *La esclava de su galán*, acto I, escena 1, en *Comedias escogidas*, vol. II, p. 487.

En *Los Tellos de Meneses*:

Prima, aunque Tello, mi padre,  
 es labrador, por mi madre  
 hidalgo y noble nació,  
 y él en toda la montaña  
 de León siempre ha tenido  
 fama de ser bien nacido  
 y de los godos de España<sup>101</sup>.

E incluso Gerarda, al ser acusada por Laurencio de untarse el cuerpo con sangre de criaturas, como las brujas, rememora en estos términos la limpia cristiandad de los montañeses y su afición al tocino, un alimento que, de acuerdo con un tópico extendido en esa época, debía repugnar a los conversos<sup>102</sup>: «Pícaro, con torreznos me unto, que soy de las montañas de Burgos»<sup>103</sup>.

Naturalmente, la nobleza y cristiandad immaculada de los montañeses, y los mitos en que estas se sustentaban, no comportaban en la práctica privilegios ni beneficios materiales de ningún tipo, aparte del reconocimiento y el prestigio a los que nos acabamos de referir, y, de hecho, muchos de estos supuestos hidalgos vivían en la miseria<sup>104</sup>. Sin embargo, la adjudicación generalizada de esa nobleza meramente nominal a un sector tan amplio de la población, era un recurso muy eficaz con vistas a afianzar y ensanchar las bases ideológicas del orden estamental, y para lograr que ciertos sectores subalternos se sintieran mental y afectivamente identificados con los valores nobiliarios, y aceptaran de buen grado un sistema de estratificación social basado en el origen y el nacimiento, y no en el mérito, la riqueza o el esfuerzo personales.

Aunque la cristiandad vieja y el origen montañés de Lope y de su familia no fueron puestos en duda ni por sus enemigos más acérrimos, nuestro autor no descuidó la dimensión pública y visible de su nobleza, fundamental en

101. Lope de Vega, *Los Tellos de Meneses. Primera parte*, acto I, escena 2, en *Comedias escogidas*, vol. I, p. 512.

102. Américo Castro, «Sentido histórico-literario del jamón y del tocino», en *Cervantes y los casticismos españoles*, Madrid, Alianza Editorial, 1974, pp. 25-32.

103. Lope de Vega, *La Dorotea*, acto V, escena 2, edic. cit., p. 427.

104. Según el doctor Pérez de Herrera, muchos que andan pidiendo limosna por las calles, «son de buena gente y limpia, por ser los más montañeses, asturianos, gallegos, navarros, y algunos de otras tierras débiles que son más pobres que las de por acá» (Cristóbal Pérez de Herrera, *Discursos del amparo de los legítimos pobres* [1598], edición de Michel Cavillac, Madrid, Espasa-Calpe, Clásicos Castellanos, 1975, p. 101); y en 1602, el Obispo de León explicaba en una carta dirigida a Felipe III que a la capital de su diócesis «acudían gran número de pobres bien nacidos, limpios y nobles, de las montañas de Asturias y Galicia, que, para no perecer de hambre, se repartían en las casas de los eclesiásticos y seglares y en monasterios. En las grandes necesidades andaban a su ventura descalzos y desnudos, durmiendo en el mayor rigor del frío en las calles, con notable peligro de su salud y vidas» (cit. por el Marqués de Saltillo [Miguel Lasso de la Vega], «La nobleza española en el siglo XVIII», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LX, 1954, p. 417). Véase también Gonzalo Anes, «Don Quijote y Sancho. Hidalguía y escudería en la España de 1600», en José Alcalá-Zamora (ed.), *La España y el Cervantes del primer Quijote*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2005, pp. 195-216, y 201 y ss. para la situación de los hidalgos montañeses.

aquella sociedad. En 1598, tras haber contraído matrimonio con Juana Guardo, hija de un rico carnicero de la corte, Lope estampó en la portada de la *Arcadia*<sup>105</sup> un escudo con diecinueve torreones y una inscripción en que se lee «De Bernardo es el blasón, las desdichas mías son», con lo cual, a través de su segundo apellido, nuestro autor se convertía en descendiente nada menos que de Bernardo del Carpio, el héroe legendario que derrotó en Roncesvalles a los franceses. En esa misma portada, Lope se titula «secretario del marqués de Sarria», y para más inri, empareja su escudo con el de don Pedro Téllez Girón, duque de Osuna, marqués de Peñafiel y conde de Ureña, a quién el libro va dedicado, que aparece impreso en la parte superior de la misma página, en una posición simétrica a la que ocupa el de los Carpio.

El autor volvió a estampar el escudo en algunos libros publicados tras esa fecha —*La hermosura de Angélica* (1602), *El peregrino en su patria* (1604), *Jerusalén conquistada* (1609)—, generalmente rodeado de figuras alegóricas y sentencias en latín. En la epístola dirigida a Gaspar de Barrionuevo (h. 1603), Lope aseguró sin rubor: «Pobre nació: bien hayan mis mayores. / Diecinueve castillos me han honrado»<sup>106</sup>; y en unos versos de su *Jerusalén conquistada* (1609), no tuvo ningún empacho en mandar a la tercera Cruzada a antepasados ilustres, entre ellos,

Dos Tirsos, padre e hijo, de Bernardo  
del Carpio descendientes, los paveses  
con los castillos del blasón gallardo,  
campo de golas, sangre de franceses<sup>107</sup>.

Más que mostrar un blasón, que, según Sebastián de Covarrubias, es «la divisa que un caballero trae en sus armas y escudo»<sup>108</sup>, lo que hacía Lope en esta ocasión era *blasonar* —«hacer ostentación de alguna cosa gloriosa con alabanza propia»<sup>109</sup>— y aun *blasonar del arnés*, expresión que, también según Covarrubias, significa «hablar a la fanfarronesca y contando en tiempo de paz las valentías que uno ha hecho en la guerra, sin que haya más certidumbre que decirlo él»<sup>110</sup>.

El blasón y la leyenda de marras fueron objeto de diversas chanzas<sup>111</sup>, a las que el propio Lope había dado pábulo con su orgullo desmedido. Sin

105. Una reproducción facsímil de la portada puede verse en Lope de Vega, *La Arcadia*, edic. cit., p. 51.

106. Lope de Vega, «Al contador Gaspar de Barrionuevo. Epístola», en *Obras poéticas*, p. 237.

107. Lope de Vega, *Jerusalén conquistada*, lib. XVII, edic. cit., vol. II, p. 263.

108. Sebastián de Covarrubias Horozco, *Tesoro de la Lengua Castellana o Española* (1611), edición de Ignacio Arellano y Rafael Zafra, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2006, p. 333.

109. Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades*, Madrid, Real Academia Española, 1726-1739, y edición facsímil, Madrid, Gredos, 1990, 6 volúmenes en 3 tomos, vol. I, p. 621.

110. Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la Lengua Castellana*, p. 333.

111. La más conocida es el soneto, escrito probablemente por Góngora y dedicado «A la *Arcadia*, de Lope de Vega Carpio», que empieza «Por tu vida, Lopillo, que me borres / las diez y nueve torres del escudo, / porque, aunque todas son de viento, dudo / que tengas viento para tantas torres», y que concluye echando en cara a Lope la profesión de su suegro: «No fabrique más torres sobre arena,

embargo, si nos situamos en el punto de vista de cualquiera de sus coetáneos que no estuviera obnubilado por la enemistad, la decisión del Fénix resultaba comprensible. La pertenencia al estamento noble, además de aportar enormes ventajas legales y materiales, era, por encima de todo, una fuente insustituible de prestigio, influencia, superioridad y distinción, todo lo cual se materializaba de forma simbólica y compendiada en las armas y divisas que las familias nobles exhibían en su escudo,

no sólo para distinguirse entre sí unas de otras, sino para que, separándose de las plebeyas, sirvan de continuo recuerdo de las hazañas de aquel que las adquirió o las empezó a usar, y animen a sus descendientes a cumplir con las obligaciones que los impuso la claridad del nacimiento<sup>112</sup>.

En el caso que ahora nos ocupa, el blasón de los Carpio es la mejor prueba de cuáles eran las pretensiones del Fénix y cuál el grupo social al que pretendía vincularse. Con él, la imagen de un Lope hidalgo y cristiano viejo —un Lope que, tras inventarse aquel escudo, sólo se juntaba con caballeros<sup>113</sup>—, venía a sumarse a otras imágenes de sí mismo que el Fénix fue cultivando a lo largo de su vida, y de las cuales dejó abundantes testimonios en su extensísima obra: el vate enamorado, el poeta español por excelencia, el pecador arrepentido, el escritor burlón y desengañado<sup>114</sup>.

Aunque con los años se le fue curando su manía nobiliaria —el escudo no aparece en las obras posteriores a 1610, y el propio Lope se burla de sus afanes en unos versos de *La Filomena* (1621)<sup>115</sup>—, lo cierto es que, gracias a detalles como este, nuestro autor pudo pasar a la posteridad, y ser recordado durante generaciones, por las palabras con que su primer biógrafo y panegirista inauguraba el relato de su vida:

Félix de Vega Carpio y Francisca Fernández, él hidalgo de ejecutoria y ella noble de nacimiento, fueron los felicísimos padres del doctor Frey Lope Félix de Vega Carpio<sup>116</sup>.

/ si no es que ya, segunda vez casado, / nos quiere hacer torres los torreznos» (Luis de Góngora, *Obras completas*, edición de Antonio Carreira, Madrid, Turner, Biblioteca Castro, 2000, 2 vols., vol. I, p. 625).

112. Luis de Salazar y Castro, *Historia genealógica de la casa de Silva*, Madrid, por Melchor Álvarez y Mateo de Llanos, 1685, vol. I, p. 15; cit. por Adolfo Carrasco Martínez, *Sangre, honor y privilegio. La nobleza española bajo los Austrias*, Barcelona, Ariel, 2000, p. 187.

113. «Soneto de Lope de Vega a Pedro Rodríguez de Ardila, estando en Granada, y quejándose el dicho Pedro Rodríguez que Lope de Vega no se dejaba ver si no era con caballeros» (1602), en Felipe B. Pedraza Jiménez, *Cervantes y Lope de Vega*, p. 32.

114. Antonio Sánchez-Jiménez, *Lope pintado por sí mismo. Mito e imagen del autor en la poesía de Lope de Vega Carpio*, Londres, Tamesis Books, 2006.

115. «Entre varios dibujos y labores / las armas de los Carpios representan / con veintidós castillos vencedores. / Y no os riais, que estos hidalgos cuentan / que vienen de Bernardo (ellos lo dicen); / sobre campo de golos los asientan» (Lope de Vega, «El jardín de Lope de Vega», *La Filomena*, en *Obras poéticas*, p. 822).

116. Juan Pérez de Montalbán, *Fama póstuma a la vida y muerte del doctor Frey Lope Félix de Vega Carpio* (1636), en Lope de Vega, *Comedias escogidas*, vol. I, p. IX. Alfred Morel-Fatio («Les

Para que los blasones tuvieran algún valor como signo de nobleza, debían venir acompañados de la riqueza suficiente para mantener una cierta distinción externa<sup>117</sup>, lo cual, para muchos nobles, representaba un problema considerable en aquella España en que los hidalgos, como nos recuerda el personaje de Espinel, tenían más costumbre de holgar y de pasear que de trabajar y producir<sup>118</sup>. Sólo el servicio en la administración y el ejército reales, en la Iglesia o en la casa de algún señor poderoso, permitían ganar y acrecentar la honra y daban resplandor a la nobleza<sup>119</sup>. Por el contrario, cualquier actividad productiva, especialmente si era de carácter manual o tenía que ver con el manejo y atesoramiento de dinero, dañaba el honor del individuo y resultaba incompatible con la hidalguía. De ahí que, de acuerdo con un tópico ya añejo, las armas y las letras, tanto las divinas como las humanas, fueran las ocupaciones más aconsejables para «los bien nacidos y de ilustre sangre»<sup>120</sup>, porque, como apuntaba Moreno de Vargas,

el hombre, por uno de dos caminos reales viene a disponerse y merecer que el rey le conceda la nobleza e hidalguía, y estos son, o por saber, o por bondad de costumbres [...]. En el camino del saber se comprende todo género de letras, ciencias, facultades y artes liberales en que los hombres se aventajan, y por ello vienen a alcanzar esta nobleza y otras dignidades y honras que los Reyes les conceden. Y en el otro camino de la bondad de costumbres se incluyen las armas, los hechos heroicos de soldados valerosos y los de hombres particulares que en la paz, así con oficios de la República como sin ellos, sirvieron con gran ventaja y señalada virtud a sus Reyes y Repúblicas<sup>121</sup>.

En este terreno, como ejemplo de «saber y de bondad de costumbres», el caso del Fénix resulta paradigmático. Tras haber cursado estudios en Alcalá, en 1582 Lope se enroló en la expedición mandada por don Álvaro de Bazán, destinada a recuperar la isla Terceira; y seis años después, en 1588, en la frustrada ofensiva naval contra Inglaterra, de la que salió con vida<sup>122</sup>. Este último extremo no está confirmado, pero sirvió a Lope para sumar a la gloria

origines de Lope de Vega», p. 46) observó la distinción que Pérez de Montalbán establece entre la nobleza del padre y la de la madre. Ésta estaría en posesión de una nobleza heredada, mientras que el padre sólo era «hidalgo de ejecutoria», nombre con que se designaba a la persona que «la ha pleiteado, y por testigos y escrituras prueba su hidalguía» (Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la Lengua Castellana*, p. 899).

117. Antonio Domínguez Ortiz, *Las clases privilegiadas*, pp. 87 y ss.; y Faustino Menéndez Pidal, *La nobleza en España*, pp. 33 y ss.

118. «Lámome Marcos de Obregón; no tengo oficio, porque en España los hidalgos no lo aprenden, que más quieren padecer necesidad o servir que ser oficiales» (Vicente Espinel, *Vida del escudero Marcos de Obregón* [1618], lib. II, descanso 8, en *La novela picaresca española*, vol. I, p. 1268).

119. Javier Salazar Rincón, *El mundo social del Quijote*, pp. 120-128.

120. Miguel de Cervantes, *La señora Cornelia*, en *Obras completas*, vol. II, p. 232.

121. Bernabé Moreno de Vargas, *Discursos de la nobleza de España*, fols. 12-13.

122. Cayetano Alberto de la Barrera, *Nueva biografía de Lope de Vega*, vol. I, pp. 31 y 43-44; y Américo Castro y Hugo A. Rennert, *Vida de Lope de Vega*, pp. 26 y 62-65.

literaria los laureles militares, según apuntó su primer biógrafo<sup>123</sup> y él mismo rememoró en sus escritos<sup>124</sup>.

Tras haber servido como soldado por breve tiempo, Lope se dedicó a las letras casi por entero, aunque, como veremos en el siguiente apartado, completó los ingresos que le proporcionaban sus libros y sus comedias con la generosa ayuda de los señores de título a los que sirvió. Desde 1608 fue familiar del Santo Oficio de la Inquisición. En 1610 ingresó en la Congregación de Esclavos del Santísimo Sacramento, y en 1611 profesó como terciario franciscano —a ambas congregaciones también perteneció Cervantes por la misma época—. Finalmente, en 1614 se ordenó sacerdote<sup>125</sup>. Todo ello contrasta con una vida repleta de amores escandalosos y peripecias eróticas de toda guisa, y con el hecho de que, después de haber recibido la orden sacerdotal, iniciara una relación sacrílega con Marta de Nevaes y continuara al servicio del duque de Sessa como alcahuete. No obstante, sus escritos nunca se apartaron de la ortodoxia católica, ni él, de aquello que se esperaba de un cristiano viejo. Así lo recordó su biógrafo y amigo Pérez de Montalbán, y eso mismo debieron de pensar sus coetáneos, que vieron en Lope a un poeta «tan atento, tan prudente y tan católico en cuanto escribía, que, con ser tanto, nunca el desvelo cuidadoso de la Inquisición halló palabra, opinión, pensamiento ni sentido que calificarle»<sup>126</sup>.

## DE DUQUES, MECENAS Y MECENAZGOS

Aunque en la Baja Edad Media muchos poetas y artistas hallaron estímulo y asistencia en los palacios reales y en las cortes nobiliarias, el patrocinio del arte y la literatura por parte de los grandes aristócratas es un acontecimiento

123. Según Pérez de Montalbán, la muerte de Isabel de Urbina sucedió «en ocasión de efectuarse la jornada de Inglaterra, que alentaba el generoso brazo del excelentísimo duque de Medina Sidonia, a cuya sombra [Lope] se alistó de soldado, con ánimo de perder la vida» (Juan Pérez de Montalbán, *Fama póstuma*, p. X).

124. «En una jornada de mar, donde con pocos años iba a ejercitar las armas, forzado de mi inclinación ejercité la pluma, donde a un mismo tiempo el general acabó su empresa, y yo la mía. Allí pues, sobre las aguas, entre jarcias del galeón de San Juan y las banderas del Rey Católico, escribí y traduje de Turpino estos pequeños cantos» (*La hermosura de Angélica, con otras diversas rimas*, Madrid, en la imprenta de Pedro Madrigal, 1602, preliminares, fol. 4). «Contra la selva Calidonia entonces / iba la armada del monarca hispano: / seguí las gavias y banderas rojas, / sin espantarme tronadores bronces, / fuerte invención del alemán Vulcano, / supuesto que pasé varias congojas. / Allí canté de Angélica y Medoro / desde el Catay a España la venida, / sin que los ecos del metal sonoro / y de las armas el furioso estruendo / perturbasen mi Euterpe» (*La Filomena*, en *Obras poéticas*, p. 645). «Ceñí en servicio de mi rey la espada / antes que el labio me ciñese el bozo, / que para la católica jornada / no se excusaba generoso mozo» (*Corona trágica. Vida y muerte de la Serenísima Reina de Escocia María Estuarda*, Madrid, por la viuda de Luis Sánchez, a costa de Alonso Pérez, 1627, fol. 41).

125. Américo Castro y Hugo A. Rennert, *Vida de Lope de Vega*, pp. 186 y ss.

126. Juan Pérez de Montalbán, *Fama póstuma*, p. xvi.

característico de los primeros siglos de la Edad Moderna<sup>127</sup>. En España, en concreto, desde mediados del siglo XVI la palabra *mecenas* empieza a ser utilizada con el significado que algunos años después le atribuye Covarrubias —«hombres principales que favorecen la virtud y letras»<sup>128</sup>—, y aparece como nombre común en la dedicatoria de toda clase de libros<sup>129</sup>, lo cual es una prueba evidente, entre otras, de la extensión que el fenómeno ha alcanzado.

Más que como un gesto de reconocimiento y protección, el mecenazgo funcionó durante el Siglo de Oro como una forma de simbiosis en que los favores eran recíprocos y en que tanto el artista como su patrón obtenían importantes beneficios, lo cual explica la expansión del fenómeno durante esta época<sup>130</sup>. Por un lado, los gobernantes y aristócratas han tomado conciencia de la utilidad de la cultura como instrumento de propaganda y signo de distinción, y se rodean de un selecto círculo de poetas, artistas e intelectuales; y, por otro, los autores encuentran en las cortes nobiliarias reconocimiento, influencia, un público refinado y, con frecuencia, beneficios materiales en forma de subvenciones, donativos o cargos remunerados.

El mecenazgo, naturalmente, comportaba algunos riesgos. El prócer podía equivocarse y apostar por un creador mediocre que, en lugar de proporcionarle gloria, le dejara en entredicho; y el artista, por su parte, también podía errar en la elección, si se acercaba a un noble poco influyente, o al que el cultivo de las artes no le importara; y, al aceptar su protección, veía mermada su libertad, quedaba sujeto a los designios de su patrocinador, y unía su suerte a la del señor, con lo cual, en el vaivén de las luchas cortesanas, se exponía a acompañarlo tanto en la fortuna como en la desgracia<sup>131</sup>. Como ha señalado Alain Viala y la propia biografía de Lope ilustra con claridad, más que el mecenazgo puro y la ayuda sin contrapartidas, la relación que unió a los escritores de esta época con sus patronos fue el clientelismo, la servidumbre y la adulación interesada<sup>132</sup>.

El mecenazgo había sido un hecho corriente en el siglo XVI, aunque su extensión quedó muy limitada por el espíritu severo y la austeridad que Felipe II impuso en los ambientes cortesanos y contagió a la nobleza. Al iniciarse el reinado de su hijo, en 1598, con la ascensión al poder del nuevo

127. Véase Alain Viala, *Naissance de l'écrivain. Sociologie de la Littérature à l'Age Classique*, Paris, Les Editions de Minuit, 1985, pp. 51-84; e Ignacio Arellano, «De príncipes y poetas en el Siglo de Oro», en J. Ignacio Díez (ed.), *El mecenazgo literario en la Casa Ducal de Béjar durante la época de Cervantes*, Burgos, Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2005, pp. 23-42.

128. Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la Lengua Castellana*, p. 1259.

129. Véase Juan Pérez de Moya, «Al ilustre señor Juan Baptista Gentil», *Filosofía secreta* (1585), edición de Carlos Clavería, Madrid, Cátedra, 1995, p. 61; Jacinto Alonso Maluenda, «Dedicatoria» a don Xosé Xilpérez, *Cozquilla del gusto* (1629), edición de Eduardo Juliá Martínez, Madrid, CSIC, 1951, p. 6; y Luis Vélez de Guevara, «Al Excmo. Dr. D. Rodrigo de Sandoval, de Silva, de Mendoza y de la Cerda, Príncipe de Mélito, Duque de Pastrana», *El diablo cojuelo* (1641), edic. cit., p. 3.

130. Alain Viala, *Naissance de l'écrivain*, pp. 54-57.

131. Isabel Enciso Alonso-Muñumer, «Nobleza y mecenazgo en la época de Cervantes», *Anales Cervantinos*, XL, 2008, pp. 47-61.

132. Alain Viala, *Naissance de l'écrivain*, pp. 57-59.

valido, Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, marqués de Denia y duque de Lerma<sup>133</sup>, las circunstancias cambiaron y, con ellas, la situación social de los escritores y su relación con los círculos aristocráticos. A partir de ahora los festejos y saraos, la promoción de las actividades artísticas, los cenáculos y academias literarios, y el patrocinio de las artes y las letras, conocieron un renovado esplendor, y en aquellos años fueron muy pocos los escritores que no sintieron la tentación del mecenazgo y no trataron de procurarse un patrón entre las familias más poderosas del reino, y escasos los aristócratas que no se rodearon de su pequeña corte de poetas<sup>134</sup>, según recordó Quevedo en una carta en que describe la comitiva cortesana que, con motivo del doble enlace matrimonial entre las casas reinantes de España y Francia, condujo a los príncipes hasta la frontera en el otoño de 1615<sup>135</sup>. Como ha señalado Harry Sieber, la corte de Felipe III y las pequeñas cortes nobiliarias dependientes del valido se convirtieron en una fuente de patronazgo, inacabable y magnánima, a la que se acercaron numerosos creadores necesitados de ayuda económica, reconocimiento y protección<sup>136</sup>. Ello explica que, al trasladarse la corte a Valladolid en 1601, numerosos artistas e intelectuales, entre ellos Cervantes, se instalaran en la nueva capital, y que durante un lustro la ciudad se convirtiera en una floreciente república de las letras<sup>137</sup>.

Una de las fuentes más útiles para conocer el funcionamiento del patronazgo en nuestro Siglo de Oro nos la proporcionan las dedicatorias de los libros. Basándose en las afirmaciones de Quevedo y otros autores, suele decirse que la dedicatoria, además de halagar la vanidad del destinatario, tenía dos objetivos muy claros: que la persona a la que se dedicaba la obra ayudara económicamente a la impresión, y que su prestigio sirviera para atemorizar a los murmuradores y envidiosos<sup>138</sup>. Aunque ello es cierto, al menos si nos ate-

133. Ofrece una completa semblanza del personaje Antonio Feros, *El duque de Lerma. Realeza y privanza en la España de Felipe III*, Madrid, Marcial Pons, 2002.

134. Isabel Enciso Alonso-Muñumer, «Nobleza y mecenazgo en la época de Cervantes», pp. 56-57.

135. «El duque de Sessa, que vino con gran casa, caballeriza y recámara e hizo entrada de Zabuco en el pueblo, trujo consigo a Lope de Vega, cosa que el conde de Olivares imitó de suerte que, viniendo en el propio acompañamiento, trujo un par de poetas sobre apuesta, amenazando con su relación. Yo estuve por escribir un romance en esta guisa, mas tropecé en la embajada: «A la orilla de un marqués, / sentado estaba un poeta, / que andan con reyes y condes / los que andaban con ovejas» [...] El duque de Maqueda vino con mucha gente y muy lucido acompañando a su Excelencia, mas no trujo poeta, cosa que se notó» (Francisco de Quevedo, Carta X. Al duque de Osuna, 21 de noviembre de 1615, *Epistolario*, en *Obras completas. Prosa*, p. 1600).

136. Harry Sieber, «The Magnificent Fountain. Literary Patronage in the Court of Philip III», *Cervantes*, XVIII, 2, 1998, pp. 85-116.

137. Narciso Alonso Cortés, *Noticias de una corte literaria*, Valladolid, La Nueva Pincia, 1906, reeditado en Valladolid, Ayuntamiento de Valladolid, 2003; y Javier Salazar Rincón, *El escritor y su entorno*, pp. 204-218.

138. «Habiendo considerado que todos dedican sus libros con dos fines, que pocas veces se apartan: el uno, de que la tal persona ayude para la impresión con su bendita limosna; el otro, de que ampare la obra de los murmuradores» (Francisco de Quevedo, «Dedicatoria», *Sueños y discursos*, en *Obras completas. Prosa*, p. 185). «En dos errores, casi de ordinario, caen los que dedican sus obras a algún príncipe. El primero es que en la carta que llaman dedicatoria, que ha de ser breve y sucinta,

nemos a la letra, convendrá añadir que, salvo honrosas excepciones, la dedicatoria de una obra también supone o bien la petición o bien el reconocimiento de un mecenazgo, y que el autor la redacta para expresar la gratitud hacia su patrón, o para solicitar de una manera velada la protección o la ayuda de un señor bien situado. En este sentido, la opinión acerca del fin que persiguen las dedicatorias de los libros —intercambio de dádivas y agasajos—, que Castillo Solórzano pone en boca de uno de sus personajes, parece más ajustada a los hechos que las de Cervantes y Quevedo antes citadas<sup>139</sup>.

Cuando el acoplamiento entre el benefactor y el beneficiario funcionaba de la manera esperada, los favores llegaban por partida doble y ambos salían ganando. El magnate era reconocido como patrocinador de las letras, y veía sus apellidos, títulos y escudo inmortalizados y multiplicados gracias a la imprenta; mientras que el poeta afianzaba su posición y prestigio dentro de la sociedad y en el círculo próximo al señor, veía reconocidos su mérito y su talento, y, si el prócer era generoso, podía verse recompensado con un regalo de algún valor, un donativo para sufragar los gastos de edición del libro, una pensión permanente o esporádica, o incluso un cargo remunerado en la casa señorial.

Aunque las letras, y especialmente las comedias, dieron a Lope mucho dinero —nos encontramos con uno de los primeros ejemplos de escritor profesional, que vive casi exclusivamente de su pluma—, nuestro autor sirvió como gentilhombre de cámara, secretario y escritor asalariado a diversos duques y señores encumbrados, lo cual le permitió disfrutar de unos ingresos regulares y no fiarlo todo a la inspiración. En este aspecto, Lope también nos ofrece un excelente ejemplo de los mecanismos del mecenazgo, sus ventajas y sus servidumbres. Además, los cargos que ocupó el Fénix en las casas señoriales, a diferencia de los oficios mecánicos o las actividades mercantiles, proporcionaban lustre y honra a quienes los ejercían, ya que, como explicaba don Quijote a su escudero, «en tanto más es tenido el señor cuanto tiene más honrados y bien nacidos criados, y que una de las ventajas mayores que llevan los príncipes a los demás hombres es que se sirven de criados tan buenos como ellos»<sup>140</sup>.

Entre 1583 y 1587, la época de sus amores con Elena Osorio, Lope estuvo al servicio del marqués de las Navas, don Pedro Dávila, al que dejó coinci-

muy de propósito y espacio, ya llevados de la verdad o de la lisonja, se dilatan en ella en traerle a la memoria, no sólo las hazañas de sus padres y abuelos, sino las de todos sus parientes, amigos y bienhechores. Es el segundo decirles que las ponen debajo de su protección y amparo, porque las lenguas maldicientes y murmuradoras no se atrevan a morderlas y lacerarlas» (Miguel de Cervantes, «A don Pedro Fernández de Castro, conde de Lemos», *Novelas ejemplares*, en *Obras completas*, vol. II, p. 10).

139. «Cualquiera que escribe libros, para que se logren bien las direcciones dellos, lo primero que hace es poner los ojos en persona de partes, que sepa estimar y agradecer su ofrenda; y, haciendo su elección, debe el escogido estimar el haber puesto en primero lugar que a otro y juntamente agradecer con dádivas aquel particular cuidado que tuvo con él» (Alonso de Castillo Solórzano, *Aventuras del Bachiller Trapaza* [1637], cap. 16, en *La novela picaresca española*, vol. II, p. 551).

140. Miguel de Cervantes, *Quijote*, II, 31, en *Obras completas*, vol. II, p. 699.

diendo con la publicación de los libelos contra los Velázquez y su posterior procesamiento y destierro. Tras volver de Valencia, en 1590, entró al servicio del duque de Alba, don Antonio de Toledo, al que asistió durante cinco años en Toledo y en Alba de Tormes<sup>141</sup>. La simbiosis con este último magnate debió de ser muy fructífera, según Juan Pérez de Montalbán, el cual explica que el duque «amaba con extremo a Lope», y

lo mostró ofreciéndole su casa, y haciéndole, no sólo su secretario, sino su valido; favor que pagó Lope con escribir a su orden la ingeniosa *Arcadia*, enigma misterioso de sujetos altos, desalumbrado en el rebozo de pastores humildes<sup>142</sup>.

El año 1598 es una fecha crucial en la vida del poeta. Con pocos meses de diferencia Lope contrae matrimonio con Juana Guardo y publica *La Dragonetea*, dedicada al futuro rey Felipe III, y la *Arcadia*, con el escudo de los Carpio en la portada, con lo cual nuestro poeta pone orden en su vida, se aproxima a la realeza, se ennoblece, al menos en el terreno simbólico, y sin abandonar los corrales de comedias, se adentra por los caminos de la literatura culta y seria, la que apreciaban los doctos y era atendida en los cenáculos cortesanos. A la *Arcadia* le seguirían, con pocos años de diferencia, el *Isidro*, las *Rimas*, *La hermosa de Angélica*, *El peregrino en su Patria* y *Jerusalén conquistada*.

También en 1598 Lope entra al servicio de don Pedro Fernández de Castro y Andrade, marqués de Sarria y futuro conde de Lemos, amigo y protector de las letras y, lo que es más importante, sobrino y yerno del duque de Lerma, factótum y muñidor universal de la monarquía desde la subida al trono de Felipe III, en septiembre de ese año. Como fruto de su nueva posición, en 1599 Lope viaja a Valencia con la comitiva regia, asiste a las bodas del rey Felipe III con Margarita de Austria, y en honor de la pareja compone las crónicas de aquellos festejos tituladas *Fiestas de Denia* y *Romance a las venturosas bodas que se celebraron en la insigne ciudad de Valencia*<sup>143</sup>.

La corte se trasladó a Valladolid en 1601, y Lope optó por mantenerse al margen del tráfigo cortesano<sup>144</sup>, tal vez porque pensaba dedicarse con más ahínco a las letras, o porque no le interesaba que su vida íntima fuese aireada en exceso. En 1600 había abandonado el servicio del conde de Lemos, y a partir del año siguiente vive alternativamente en Madrid, con su esposa Juana Guardo, y en Toledo y Sevilla con Micaela Luján, su nueva amante, hasta que en 1604 ambas se instalan en Toledo, en viviendas muy próximas una de otra, lo cual ahorró al dramaturgo muchas leguas e incomodidades<sup>145</sup>.

141. Américo Castro y Hugo A. Rennert, *Vida de Lope de Vega*, pp. 28-29 y 85 y ss.

142. Juan Pérez de Montalbán, *Fama póstuma*, p. X.

143. Américo Castro y Hugo A. Rennert, *Vida de Lope de Vega*, pp. 138 y ss.

144. «Si Dios me guarda el seso, no más corte, coches, caballos, alguaciles, músicos, rameras, hombres, hidalgúas, poder absoluto y sin p[utos] disoluto, sin otras sabandijas que cría ese océano de perdidos, lotos de pretendientes y escuela de desvanecidos» (Lope de Vega, «A un amigo de Valladolid», Toledo, 14 de agosto de 1604, en *Cartas*, p. 68).

145. Hugo A. Rennert y Américo Castro, *Vida de Lope de Vega*, pp. 142 y ss.

En 1607 Lope regresa a Madrid, y empieza a servir de manera regular a don Luis Fernández de Córdoba Cardona y Aragón, duque de Sessa y marqués consorte de Poza, con el que el poeta tenía amistad desde hacía dos años al menos. Su cargo podría asimilarse al de secretario, aunque en la práctica consistía en actuar de correveidile, alcahuete y redactor de las cartas que el duque enviaba a sus amantes como si hubieran salido de su magín<sup>146</sup>. Un oficio indigno que Lope siguió ejerciendo después de ser nombrado familiar del Santo Oficio y de haberse ordenado sacerdote, en 1614, pero del que dependía el sustento de su casa y de su familia, y con él, la posibilidad de seguir dedicándose a las letras con holgura y libertad. Si damos crédito a Pérez de Montalbán, el «excelentísimo señor duque de Sessa» fue para el poeta «su amigo, su valedor, su dueño y su heroico Mecenas», y

hablando una vez el mismo de las finezas del duque, su señor, aseguró que le había dado en el discurso de su vida veinticuatro mil ducados en dinero; grandeza digna solamente de príncipe tan soberano, que con esto se dice todo<sup>147</sup>.

A pesar de tan generosa protección, hay que decir que Lope no vio colmadas completamente sus ambiciones, por lo que su peregrinación hacia el mecenazgo nunca alcanzó las metas que él esperaba<sup>148</sup>. En primer lugar, conviene tener presente que Lope estuvo durante una buena parte de su vida adulta al servicio de un noble —el duque de Sessa— que no se hallaba en el centro de la vida cortesana y no debía de estar muy bien considerado entre sus iguales. Además, tanto sus labores en casa del duque como su propia trayectoria íntima, permanentemente jalonada de amores adúlteros y sacrílegos, no le ayudaron en su carrera.

En 1609, Lope trató de ganarse el favor real y mejorar su situación en la corte con la publicación de su obra más ambiciosa, *Jerusalén conquistada*, dedicada al rey Felipe III y al conde de Saldaña, hijo segundo del duque de Lerma, pero no parece que con ello obtuviera ningún rédito tangible. Además, el duque de Lerma cayó en desgracia en 1618, sus colaboradores fueron destituidos y procesados, y, con el cambio de reinado —Felipe IV ocupa el trono en 1621—, el de Sessa y su inseparable secretario aun quedaron más alejados de la esfera de poder. El hecho de que Lope dedicara al nuevo valido, el conde-duque de Olivares, su poema épico *La Circe* (1624), debe interpretarse como un intento de recuperar el terreno perdido y aproximarse a un buen árbol, aunque sus esfuerzos cayeron otra vez en saco roto. En fin, Lope anduvo durante bastantes años detrás de un puesto de cronista real que nunca pudo alcanzar<sup>149</sup>, y soñó

146. *Ibid.*, pp. 160 y ss.

147. Juan Pérez de Montalbán, *Fama póstuma*, p. XV.

148. Véase Elizabeth R. Wright, *Pilgrimage to Patronage. Lope de Vega and the Court of Philip III. 1598-1621*, Lewisburg, Bucknell University Press, 2001.

149. En una carta al duque de Sessa, Lope alude a su «pretensión antigua de coronista», que renovó ante el duque de Lerma y ante los reyes en el verano de 1611, con motivo de la jornada de

con convertirse en el poeta laureado por excelencia, el monarca del Parnaso, el archipoeta del Imperio, con un reconocimiento similar al que Virgilio alcanzó en Roma o Dante en Italia, aunque tal sueño tampoco pudo hacerse realidad<sup>150</sup>.

Pese a lo dicho, la carrera de Lope en el mundo nobiliario y en los complejos caminos del mecenazgo —en este caso habría que hablar más bien de clientelismo, de acuerdo con la distinción de Alain Viala—, no debe subestimarse. Buena prueba impresa de ello son los dramas genealógicos que redactó por encargo de señores poderosos, interesados en ensalzar el linaje y hazañas de sus ancestros con vistas a ganarse el favor real y obtener mercedes<sup>151</sup>, así como los libros que de forma ininterrumpida dedicó a los personajes más ilustres de la nobleza y la corte: El príncipe de Asturias, futuro rey Felipe III (*La Dragontea*, 1598); don Pedro Téllez Girón, duque de Osuna (*Arcadia*, 1598); don Pedro Fernández de Córdoba, marqués de Priego (*El peregrino en su patria*, 1604); Felipe III, con un prólogo dirigido a don Diego Gómez de Sandoval y Rojas, conde de Saldaña (*Jerusalén conquistada*, 1609); doña Leonor Pimentel, de la casa de los duques de Benavente (*La Filomena*, 1621); don Gaspar de Guzmán, conde de Olivares (*La Circe*, 1624); don Juan Alfonso Enríquez de Cabrera, Almirante de Castilla (*Laurel de Apolo*, 1630); don Gaspar Alfonso Pérez de Guzmán, conde de Niebla (*La Dorotea*, 1632); don Luis Fernández de Córdoba Cardona y Aragón, duque de Sessa (*Rimas humanas y divinas*, 1634). Como ha señalado un buen conocedor del tema, Lope «fue el único escritor del Siglo de Oro español canonizado en vida y que formó parte del Parnaso español mientras le latía el corazón»<sup>152</sup>: el poeta del pueblo y el poeta de los poderosos.

Portugal (Lope de Vega, «Al duque de Sessa», Madrid, 13-18 de julio de 1611, en *Cartas*, p. 88), y a la que se refiere en varias comedias de esa época. Lope solicitó de nuevo el cargo de cronista real infructuosamente en junio de 1620, tras la muerte de Pedro de Valencia, que lo ocupaba hasta entonces (la petición de Lope fue publicada por A. Tomillo y C. Pérez Pastor, *Proceso de Lope de Vega por libelos contra unos cómicos*, pp. 288-289), y en 1625 figuraba entre los aspirantes al cargo de cronista de Indias, que había quedado vacante tras el fallecimiento de su titular, Antonio de Herrera. Véase Henry N. Bershas, «Lope de Vega and the Post of Royal Chronicler», *Hispanic Review*, XXXI, 1963, pp. 109-117; y Jack Weiner, «Lope de Vega, un puesto de cronista y *La hermosura de Esther*», *Actas del VIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas. 22-27 de agosto de 1983*. Brown University, Providence, Rhode Island, Madrid, Istmo, 1986, vol. II, pp. 723-730.

150. Julio Vélez Sáinz, *El Parnaso español. Canon, mecenazgo y propaganda en la poesía del Siglo de Oro*, Madrid, Visor Libros, 2006, pp. 159-192.

151. Véanse los estudios de Teresa Ferrer Valls, *Nobleza y espectáculo teatral (1535-1622). Estudio y documentos*, Valencia, UNED y Universitat de València, 1993, pp. 39 y ss.; «Lope de Vega y la dramatización de la materia genealógica (I)», en J. M. Díez Borque (ed.), *Teatro Cortesano en la España de los Austrias. Cuadernos de Teatro Clásico*, X, 1998, pp. 215-231; «Lope de Vega y la dramatización de la materia genealógica (II). Lecturas de la historia», en R. Castilla Pérez y M. González Dengra (eds.), *La teatralización de la historia en el Siglo de Oro Español. Actas del III Coloquio del Aula Mira de Amescua*, Granada, Universidad de Granada, 2001, pp. 13-51; y «El juego del poder: Lope de Vega y los dramas de la privanza», en Ignacio Arellano y Marc Vitse (coord.), *Modelos de vida en la España del Siglo de Oro*, Pamplona-Madrid-Frankfurt, Universidad de Navarra-Iberoamericana-Vervuert, 2004-2007, 2 vols., vol. I, pp. 159-185.

152. Julio Vélez Sáinz, *El Parnaso español*, p. 192.

A diferencia de Lope, tras una vida llena de fracasos, sinsabores y expectativas frustradas, a sus cincuenta y siete años Cervantes intenta buscar abrigo cerca de la corte y abrirse camino en el mundo de las letras, para lo cual, en 1604 se traslada a Valladolid con su familia y vende al librero Francisco de Robles el privilegio, o derechos de edición, de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, que saldrá de las prensas de Juan de la Cuesta a finales de ese año.

Con la idea de promocionar su libro y buscar un protector, Cervantes dedicó el *Quijote* a don Alonso Diego López de Zúñiga y Sotomayor (1577-1619), que desde 1601 ostentaba los títulos de duque de Béjar, marqués de Gibraleón y conde de Benalcázar y de Bañares, aunque todo parece indicar que las cosas no salieron como el autor esperaba.

El primer detalle que sigue desconcertando a los cervantistas es el hecho de que la escueta dedicatoria del primer *Quijote*, dirigida al duque de Béjar, esté tomada casi al pie de la letra de la que Fernando de Herrera escribió para el marqués de Ayamonte, impresa al frente de sus *Obras de Garcilaso de la Vega con anotaciones* (1580), más algún retazo del prólogo del maestro Medina, publicado en ese mismo volumen<sup>153</sup>. Aunque lo que más sorprende, por anticervantino, de la mencionada dedicatoria, es que aquellas líneas plagiadas por Cervantes reproducen uno por uno todos los tópicos que, por aquellos años, abarrotaban las dedicatorias de los libros.

Para explicar semejante contradicción se ha echado mano de la pereza y la prisa de Cervantes, de su menosprecio hacia el de Béjar, de su actitud irónica frente a los compromisos y las fórmulas gastadas, del tono paródico de este escrito, similar al de las otras piezas preliminares, o de su admiración hacia Fernando de Herrera<sup>154</sup>, argumentos, todos ellos, difíciles de admitir, si consideramos la originalidad de las demás dedicatorias del autor y el poco tiempo que habría necesitado para redactar esas líneas como es debido.

Por su parte, Francisco Rico<sup>155</sup> ha propuesto una explicación plausible, aunque carente de pruebas definitivas. Según él, el libro se componía en Ma-

153. Lo advirtió por primera vez Juan Eugenio Hartzenbusch, *Las 1.633 notas a la primera edición de «El Ingenioso hidalgo»*, Barcelona, Narciso Ramírez, 1874, p. 4.

154. Véase Francisco Rodríguez Marín, «Apéndice I. Dedicatorias y Mecenases», en su edición de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Madrid, Atlas, 1949, 10 vols., vol. IX, pp. 9-19; Raymond R. MacCurdy y Alfred; Rodríguez, «Sobre la dedicatoria del *Quijote* de 1605: la realidad ambivalente de Cervantes», *Estudios Filológicos*, XVI, 1981, pp. 169-173; Vicente Gaos, «El duque de Béjar y la dedicatoria de la primera parte del *Quijote* de Miguel de Cervantes», en su edición de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Madrid, Gredos, 1986, 3 vols., vol. III, pp. 12-17; Guillermo Carrascón, «En torno a la dedicatoria de la primera parte del *Quijote*», *Anales Cervantinos*, XXIX, 1991, pp. 167-178; Harry Sieber, «The Magnificent Fountain», pp. 87-88; Edward Baker, «Patronage, the Parody of an Institution in *Don Quijote*», en Tom Lewis y Francisco J. Sánchez (eds.), *Culture and the State in Spain, 1550-1850*, New York, Garland, 1999, pp. 102-125; y J. Ignacio Díez Fernández, «Naturalmente soy poltrón y perezoso: la dedicatoria del *Quijote* al duque de Béjar», en J. Ignacio Díez (ed.), *El mecenazgo literario en la Casa Ducal de Béjar*, pp. 263-283.

155. Francisco Rico, «El primer pliego del *Quijote*», *Hispanic Review*, LXIV, 1996, pp. 313-336; y «Poética de la antífrasis (Sobre la dedicatoria del primer *Quijote*)», *Cervantes*, XXV, 1, 2005, pp. 69-77.

drid, Cervantes vivía en Valladolid, y en el momento de imprimir los prolegómenos, Robles descubrió que el autor aún no había compuesto la dedicatoria al duque, o no la había entregado, o el escrito se había perdido o traspapelado, así que solicitó los renglones de rigor a un escritor conocido, o al mismo corrector que trabajaba en la imprenta, y éste, por prisa, pereza o desinterés, tomó el volumen de Herrera, recortó unas cuantas frases, engarzó los tópicos consabidos, y cumplió con el encargo sin meterse en más dibujos.

Tanto si admitimos que la dedicatoria no estaba lista a la hora de imprimirla y hubo que zurcir el hueco tomando frases ajenas, como si aceptamos que el autor la redactó con pereza, desdén y resquemor manifiestos, o con la idea de intensificar el tono paródico y socarrón de la obra, de lo que no cabe duda es de que a Cervantes le importaba poco aquel escrito, y que sus relaciones con el de Béjar se habían enfriado o roto completamente antes de que el *Quijote* saliera del taller de Cuesta<sup>156</sup>. De lo contrario no se explica la falta de esmero y diligencia que el autor y el librero mostraron a la hora de componer e imprimir aquella dedicatoria, con la que, si las cosas hubieran salido de otra manera, Cervantes podría haber obtenido alguna recompensa material, publicidad para el libro en los medios cortesanos e incluso un cargo remunerado en el palacio ducal.

En descargo de Cervantes hay que recordar que el duque de Béjar era un joven noble y rico —su renta anual rondaba los 80.000 ducados<sup>157</sup>—, y que en su época debió de alcanzar alguna fama como varón generoso, aficionado a las letras y protector de las artes. El inventario de su biblioteca nos descubre a un personaje de gustos refinados<sup>158</sup>. Lope de Vega lo elogió en sus *Rimas* (1602)<sup>159</sup>; Pedro Espinosa le dedicó la *Primera parte de las Flores de poetas ilustres de España*, impresa en Valladolid en 1605, pero concluida en 1603; y algunos años después, Cristóbal de Mesa le ofreció sus *Rimas* (1611), y Góngora, nada menos que las *Soledades* (1613)<sup>160</sup>. La elección era, por tanto, acertada, y Cervantes sólo tenía que esperar a que su patrón abriera la bolsa, o las puertas de su casa, y le recompensara de algún modo. Pero nada de

156. Lo confirmarían los versos preliminares de cabo roto, en que, para referirse a la magnanimidad de don Alonso, se echa mano del mismo refrán con que, en el *Quijote* de 1615, Sancho Panza expresa sus deseos de medrar —«quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija»—, y que se hallan más cerca del sarcasmo que del elogio sincero (Miguel de Cervantes, *Quijote*, I, «Urganda la desconocida», y II, 32, en *Obras completas*, vol. II, pp. 305 y 703).

157. Pedro Núñez de Salcedo, «Relación verdadera de todos los títulos que hay en España» (1597), edición de Vicente Castañeda, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, LXXIII, 1918, p. 472. A pesar de los censos que pesaban sobre el patrimonio de la casa ducal, los ingresos de don Alonso López de Zúñiga y Mendoza, que en 1619 había heredado el título de su antecesor, el destinatario del *Quijote*, eran de unos 98.000 ducados anuales, y el valor neto de sus posesiones, una vez descontadas las hipotecas, de unos dos millones y medio de ducados (Charles Jago, «La crisis de la aristocracia en la Castilla del siglo XVII», en John H. Elliott [ed.], *Poder y sociedad en la España de los Austrias*, Barcelona, Crítica, 1982, pp. 248-286).

158. Marqués del Saltillo (Miguel Lasso de la Vega), *Dos mecenas de Cervantes: El Duque de Béjar y Don Rodrigo de Tapia*, Madrid, Imprenta y Editorial Maestre, 1952, pp. 13-14.

159. Lope de Vega, «Al Duque de Béjar», *Rimas*, en *Obras poéticas*, p. 101.

160. J. Ignacio Díez (ed.), *El mecenazgo literario en la Casa Ducal de Béjar*, passim.

esto sucedió, y todo apunta a que la dedicatoria fue un gesto inútil que no proporcionó al autor ningún beneficio material ni literario, y que a la hora de elegir mecenas, Cervantes se equivocó.

En primer lugar, como ha recordado Harry Sieber<sup>161</sup>, el duque de Béjar no era un personaje visible en los medios cortesanos —pasó la mayor parte de su vida en Béjar y en Gibraleón, dedicado a la caza y otros entretenimientos<sup>162</sup>—, ni pertenecía al círculo próximo al duque de Lerma, que entonces controlaba todos los resortes del poder, ni su riqueza, carcomida por las deudas, tan deslumbrante como tradicionalmente se ha sostenido<sup>163</sup>, por lo que su patronazgo, incluso para sus posibles paniaguados, era de los de segunda o tercera categoría. Además, todo parece indicar que el de Béjar no tuvo en cuenta el ofrecimiento de Cervantes, y es posible que en privado, e incluso tal vez en público, mostrara su desdén hacia aquel personaje desconocido, de linaje poco nítido, que ejercía labores y cultivaba amistades impropias de un caballero, y que «con sus años a cuestras» había tenido la peregrina ocurrencia de imprimir la historia de un hidalgo extravagante que enloquece leyendo libros de caballerías. En cualquier caso, los acontecimientos posteriores demuestran que aquel incipiente mecenazgo se frustró antes de nacer. Cervantes no volvió a acordarse nunca más del duque de Béjar ni a dedicarle una línea, y en la segunda parte del *Quijote* expresó su resquemor contra ciertos señores desagradecidos con palabras que no admiten dobles sentidos<sup>164</sup>.

Tras fracasar en este primer intento de aproximarse a un protector poderoso, Cervantes cambió de táctica y, cuando regresó a Madrid en 1606, siguiendo a la corte, buscó el apoyo de uno de los personajes más influyentes de aquel momento: el yerno del duque de Lerma, don Pedro Fernández de Castro y Andrade, marqués de Sarria y conde de Lemos, gran mecenas de las

161. Harry Sieber, «The Magnificent Fountain», p. 90.

162. En una epístola dirigida al marqués de Cerralbo, publicada con *El Patrón de España* (Madrid, por Alonso Martín, 1612), Cristóbal de Mesa se quejaba de que, en la época en que sirvió como capellán del duque, además de ver su salario reducido a la mitad, tuvo que acompañar a su señor en ojeos, cacerías y excursiones, lo cual le obligaba a sufrir numerosas privaciones e incomodidades: «Si el Duque mi señor pasa a la Maya / con sacres, girifáltes y neblies, / manda que yo también a caza vaya / [...] / No hay poder señalar con piedra blanca / día que no me lleve por la posta / mal rocín, flaca mula o haca manca» (cit. por Francisco Rodríguez Marín, «Apéndice I. Dedicatorias y Mecenas», en su edición de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, vol. IX, p. 12). También sabemos que en la biblioteca del duque, cuyo contenido se detalla en el inventario de sus bienes, publicado por el marqués del Saltillo, figuran unos cuantos libros de montería y cetrería (Marqués del Saltillo, *Dos mecenas de Cervantes*, p. 14).

163. Véanse los datos que aporta Anastasio Rojo Vega, «El duque de Béjar, Cervantes y Juan de Navas», en J. Ignacio Diez (ed.), *El mecenazgo literario en la Casa Ducal de Béjar*, pp. 211-262.

164. «Señores y grandes hay en España a quien puedan dirigirse [los libros]». «No muchos; y no porque no lo merezcan, sino que no quieren admitirlos, por no obligarse a la satisfacción que parece se debe al trabajo y cortesía de sus autores. Un príncipe conozco yo [Cervantes se refiere al conde de Lemos, a quien la obra está dedicada] que puede suplir la falta de los demás, con tantas ventajas que, si me atreviese a decirlas, quizá despertaran la envidia en más de cuatro generosos pechos; pero quédese esto aquí para otro tiempo más cómodo» (Miguel de Cervantes, *Quijote*, II, 24, en *Obras completas*, vol. II, p. 672).

letras y a la sazón presidente del Consejo de Indias<sup>165</sup>, a quien Lope había servido como secretario algunos años atrás, según indicamos antes.

Cervantes debió de conocer al conde, bien en alguna de las justas y academias literarias en las que participó en Madrid por aquellos días, o a través de Juan Ramírez de Arellano, secretario del conde por esas fechas, casado desde 1606 con Luisa de Garibay, vecina de los Cervantes, junto a su madre y hermanos, durante la época en que ambas familias residieron en Valladolid<sup>166</sup>.

El conde de Lemos fue nombrado virrey de Nápoles en 1608 y viajó para tomar posesión de su cargo dos años después, en junio de 1610. Por entonces, tras la muerte de Ramírez de Arellano, el puesto de secretario de su casa lo ocupaba el poeta aragonés Lupercio Leonardo de Argensola, quien, junto a su hermano Bartolomé, recibió plenos poderes del conde para reunir a un selecto grupo de escritores que había de acompañarle a su nueva residencia, con la idea de fundar bajo su protección una especie de academia o corte literaria en la ciudad del Vesubio.

A la hora de confeccionar la nómina de poetas, parece que los hermanos Argensola crearon un muro infranqueable en torno al conde, ahuyentaron a los solicitantes molestos y, excepto el dramaturgo Antonio Mira de Amescua, escogieron para viajar a Italia a poetastros mediocres, completamente desconocidos hoy en día<sup>167</sup>. Góngora y Suárez de Figueroa fueron rechazados por los guardianes del conde, y ambos se quejaron por escrito<sup>168</sup>. Cervantes también quiso formar parte de aquel séquito, pero los Argensola no tuvieron en cuenta su petición y lo dejaron en Barcelona, compuesto y desembarcado<sup>169</sup>. Miguel expresó su decepción y amargura en unos versos del *Viaje del*

165. Véase Alfonso Pardo y Manuel de Villena, *El conde de Lemos. Un mecenas del siglo XVII. Noticia de su vida y de sus relaciones con Cervantes, Lope de Vega, los Argensola y demás literatos de su época*, Madrid, Jaime Ratés Martui, 1911; y Eduardo Pardo de Guevara y Valdés, *Don Pedro Fernández de Castro, VII conde de Lemos (1576-1622)*, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 1997, 2 vols.

166. Luis Astrana Marín, *Vida ejemplar*, vol. V, pp. 543-547.

167. Véase Otis H. Green, «The Literary Court of the Conde de Lemos at Naples, 1610-1616», *Hispanic Review*, I, 1933, pp. 290-308; Isabel Enciso Alonso-Muñumer, *Nobleza, poder y mecenazgo en tiempos de Felipe III. Nápoles y el Conde de Lemos*, Madrid, Actas, 2007; y Luis Astrana Marín, *Vida ejemplar*, vol. VI, pp. 378-389.

168. «El conde mi señor se fue a Nápoles; / el duque mi señor se fue a Francia: / príncipes, buen viaje, que este día / pesadumbre daré a unos caracoles. / Como sobran tan doctos españoles / a ninguno ofrecí la musa mía» (Luis de Góngora, «En la partida del conde de Lemos y del duque de Feria a Nápoles y a Francia», *Obras completas*, vol. I, p. 319). Uno de los interlocutores de *El Pasajero* intenta entrevistarse con «un señor de antigua nobleza y autoridad en el reino de Galicia», que había presidido un tiempo «el supremo tribunal de las dos Indias, gobernando en verde edad con madura prudencia», para ofrecerle su obra, «mas impidiome la entrada un eclesiástico, a quien entregué la obra dirigida. Dificultome tanto la audiencia, por las muchas ocupaciones, que resolvió mi cólera no esperarla». «Hallé tan sitiado al Conde de ingeniosos, que le juzgué inaccesible; como si no tuviese por costumbre el sol dar luz a muchos. Desahuciado [...], di vuelta desde Barcelona a Madrid, sin hablar ni ver el rostro del que había sido principal motivo de aquel viaje» (Cristóbal Suárez de Figueroa, *El Pasajero. Advertencias utilísimas a la vida humana* [1617], alivio VIII, edición de Francisco Rodríguez Marín, Madrid, Renacimiento, 1913, pp. 283-284).

169. Martín de Riquer, *Cervantes en Barcelona*, Barcelona, Sirmio, 1989, pp. 98 y ss.

*Parnaso*<sup>170</sup>, aunque la pataleta poética no debió de compensarle lo más mínimo, y, muy a su pesar, se tuvo que conformar con un «busqué por acá en que se le haga merced», similar al que le espetaron cuando solicitó un oficio en Indias, en 1590<sup>171</sup>.

A partir del año 1613, en que salen de las prensas las *Novelas ejemplares*, nuestro autor dirigió todas sus obras, excepto el *Viaje del Parnaso*, al conde de Lemos, y le mostró su respeto y gratitud más sinceros en las dedicatorias respectivas<sup>172</sup>. El prócer, por su parte, debió de corresponderle con alguna ayuda de carácter material, además de con su amistad y admiración, pero nunca lo incluyó en el grupo de colaboradores y poetas que formaban su círculo más íntimo.

Por aquella época Cervantes también recibió la ayuda de don Bernardo Sandoval y Rojas, tío del duque de Lerma y Arzobispo de Toledo<sup>173</sup>. Sin embargo, como apuntó Salas Barbadillo algunos años después y el propio Cervantes reconoció en el prólogo del *Quijote* de 1615, lo que unió al arzobispo con nuestro autor fue la conmiseración y la caridad, más que una relación de mecenazgo en sentido estricto<sup>174</sup>. Entre tanto, mientras el *Quijote* se difunde con éxito en toda Europa —el libro se ha editado en castellano en Bruselas (1607) y en Milán (1610), y ha sido traducido al inglés (1612) y al francés (1614)—, su autor vive pobre, enfermo y marginado, como recordaron Márquez Torres en la aprobación y el propio Cervantes en la dedicatoria del *Quijote* de 1615<sup>175</sup>.

170. Miguel de Cervantes, *Viaje del Parnaso*, cap. 3, en *Obras completas*, vol. I, pp. 85-86.

171. Luis Astrana Marín, *Vida ejemplar*, vol. IV, pp. 455-456; y Krzysztof Sliwa, *Documentos de Miguel de Cervantes Saavedra*, Pamplona, EUNSA, 1999, pp. 225-226.

172. Véase José María Asensio y Toledo, «El Conde de Lemos, protector de Cervantes», en *Cervantes y sus obras*, Barcelona, F. Seix Editor, 1902, pp. 293-346.

173. José Goñi Gaztambide, «El cardenal Bernardo de Rojas y Sandoval, protector de Cervantes (1546-1618)», *Hispania Sacra*, XXXII, 1980, pp. 125-191.

174. En la dedicatoria de *Estafeta del dios Momo* (Madrid, 1627), dirigida a fray Hortensio Félix Paravicino, Salas Barbadillo recuerda que Vicente Espinel había dedicado su *Vida del escudero Marcos de Obregón* (1618) al arzobispo, y que éste «le recibió sin escrúpulo, y premió al autor mandando que se le señalase un tanto cada día, para que pasase su vejez con menos incomodidad. La misma piedad ejerció con Miguel de Cervantes, porque le parecía que el socorrer a los hombres virtuosamente ocupados, era *limosna* digna del Primado de las Españas» (cit. por Luis Astrana Marín, *Vida ejemplar*, vol. VII, p. 305); y en el prólogo del *Quijote* de 1615, el propio Cervantes agradece la «cristiandad y liberalidad» del conde de Lemos, y «la suma *caridad* del ilustrísimo de Toledo, don Bernardo de Sandoval y Rojas», que en ese momento le socorría (Miguel de Cervantes, *Obras completas*, vol. II, p. 578). *Cursivas* nuestras.

175. El tono general de la aprobación firmada por el licenciado Márquez Torres, muy distinto del que era habitual en este tipo de escritos, así como los motivos recurrentemente cervantinos que están presentes en ella, han hecho pensar que Cervantes intervino en su redacción, o que la pieza fue escrita por él. Tal opinión ya la sostuvo el primer biógrafo de Cervantes, Gregorio Mayans y Siscar (*Vida de Miguel de Cervantes Saavedra* [1737], edición de Antonio Mestre, Madrid, Espasa-Calpe, Clásicos Castellanos, 1972, pp. 56-57), y ha sido refrendada y corroborada, aunque con distintos grados de aceptación, por Eliás L. Rivers («On the Prefatory Pages of *Don Quijote*, Part II», *Modern Language Notes*, LXX, 1960, pp. 214-221), Daniel Eisenberg (*La interpretación cervantina del Quijote*, Madrid, Compañía Literaria, 1995, p. 5 y n. 42), Edward C. Riley («Cervantes y los cínicos. *El licenciado Vidriera* y *El coloquio de los perros*», en *La rara invención. Estudios sobre Cervantes* y

La distinta suerte de Cervantes y de Lope en las lides de la adulación y el mecenazgo tiene un trasfondo social bastante claro, aunque en ella también influyeran la buena o mala fortuna. Lope, hidalgo y cristiano viejo, con buenas agarraderas en el mundo aristocrático, sabía qué teclas era preciso tocar para arrimarse a un buen árbol; mientras que Cervantes, además de ser un hombre de linaje oscuro, dedicado a actividades nefandas, desconocía el tinglado cortesano organizado en torno al duque de Lerma y, a la hora de elegir mecenas, en el momento de publicar el primer *Quijote*, se equivocó de patrón. Cuando quiso rectificar y trató de ponerse bajo la protección del conde de Lemos, en un momento en que superaba los cincuenta y cinco años «por nueve más y por la mano», según explica en el prólogo de las *Novelas ejemplares*, ya no quedaba un hueco en el palacio del conde, y sólo le tocaron unas migajas. Si en aquella época los criados se asentaban con los señores «a salario» o «a merced»<sup>176</sup>, Cervantes se tuvo que conformar con merodear por los alrededores de las casas señoriales, recibir unas migajas y ofrecer «a limosna» los productos de su ingenio.

En diferentes escritos, especialmente en los «Privilegios, ordenanzas y advertencias que Apolo envía a los poetas españoles», de la *Adjunta al Parnaso*<sup>177</sup>, Cervantes censuró y rechazó públicamente las innumerables ataduras, y el espíritu adulador y servil, que suponía el mecenazgo; pero lo cierto es que nuestro autor, incluso en el momento de alcanzar la gloria, era un personaje que vivía arrinconado, no por gusto sino por imposición. Todo ello debió de ser evidente para sus contemporáneos, y especialmente para sus enemigos literarios, como se deduce del prólogo del *Quijote* apócrifo, en que el autor recuerda con regocijo que, así como Lope contaba con la amistad y protección de los nobles, cualquier señor de título se mostraría ofendido de que Cervantes «tomara su nombre en la boca»<sup>178</sup>.

*su posteridad literaria*, Barcelona, Crítica, 2001, pp. 231-232) y Carlos Romero Muñoz («Los paratextos del *Quijote* de 1615, leídos desde el de 1614», en Giuseppe Bellini y Donatella Ferro [eds.], *L'acqua era d'oro sotto i ponti. Studi di Iberistica che gli Amici offrono a Manuel Simoes*, Roma, Bulzoni, 2001, pp. 267-271).

176. Véase Charles V. Aubrun, «Sancho Panza, paysan pour de rire, paysan pour de vrai», *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, I, 1976, pp. 16-29; Manuel Alonso Olea, *Salario y merced: un estudio sobre El Quijote*, Segovia, Colegio Universitario de Segovia, 1993; y Anthony J. Close, «¿Cómo se debe remunerar a un escudero, a salario o a merced? La cuestión del realismo del *Quijote*», en Isabel Lozano Renieblas y Juan Carlos Mercado (eds.), *Silva. Studia Philologica in honorem Isaias Lerner*, Madrid, Castalia, 2001, pp. 153-165.

177. Miguel de Cervantes, *Obras completas*, vol. I, pp. 123-124.

178. Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, que contiene su tercera salida y es la quinta parte de sus aventuras*, edición de Fernando García Salinero, Madrid, Castalia, 1999, p. 53.

## EL PRÍNCIPE DE FEZ Y EL PRESTE JUAN DE LAS INDIAS

Desde que empezaron a funcionar las imprentas, fue corriente la inclusión de versos en los preliminares o el colofón de los libros —recuérdense los acrósticos y coplas que acompañan a la *Celestina*—. A lo largo del siglo XVI se extendió y afianzó esta costumbre, de manera que, junto a alguna composición poética del propio autor, empezaron a imprimirse otras, escritas por sus amigos y conocidos, o por personas relevantes y poetas de renombre que, de esta forma, le testimoniaban su afecto y admiración. Al iniciarse el siglo XVII esta práctica estaba tan arraigada, que cualquier obra, incluso las de contenido jurídico o científico, solía ir precedida de los consabidos versos en que, a menudo de una manera hiperbólica, se elogiaba el contenido del libro y se enaltecía al escritor<sup>179</sup>.

La cantidad y calidad de estas composiciones preliminares puede tomarse como un indicio de la popularidad de los autores, y hoy nos sirve para reconstruir el armazón de afinidades, simpatías y amistades en que se hallaba instalado cada uno. Tales versos eran la prueba palpable de la integración y arraigo del escritor dentro de la sociedad, y de su prestigio dentro del mundillo literario. Si habían sido compuestos por sus colegas, el autor recibía un importante espaldarazo y una honra de tipo horizontal, emanada de sus amigos e iguales; mientras que si las composiciones procedían de personajes de alcurnia, representaban un considerable tirón e impulso ascendente dentro del escalafón estamental, y, en ocasiones, el reconocimiento de un mecenazgo efectivo, o posible en el futuro.

Aunque, como acabamos de ver, la costumbre de insertar poemas laudatorios en toda clase de obras fue corriente en nuestro Siglo de Oro, Lope de Vega superó en este terreno a todos sus coetáneos, tanto por la cantidad de versos ajenos incluidos en sus libros, como por la calidad de sus autores. Trece poemas salidos de la pluma de poetas y amigos del autor preceden al texto de la primera edición de la *Arcadia* (Madrid, 1598), y nueve al *Isidro* (Madrid, 1599), entre ellos, una copla firmada por el marqués de Sarria, futuro conde de Lemos y, por aquellas fechas, protector de Lope. *La hermosa de Angélica, con otras diversas rimas* (Madrid, 1602) incluye alabanzas en verso compuestas por el Príncipe de Fez, el Marqués de Adrada, el Comendador Mayor de Montesa, el Conde de Villamor, el Conde de Alacuás, doña Isabel de Figueroa y doña Catalina de Zamudio, junto a las de otros personajes entre los que figuraba Camila Lucinda, nombre poético de Micaela Luján, la amante del escritor. Para elogiar *El peregrino en su patria* (Sevilla, 1604), invocaron a las musas unos cuantos escritores y amigos del Fénix, entre los que destacan Francisco de Quevedo, Juan de Arguijo y otra vez Camila Lucinda: Toda una prueba de la inmejorable posición que el escritor ocupaba dentro del mundillo literario y académico,

179. María Marsá, *La imprenta en los Siglos de Oro*, Madrid, Laberinto, 2001, pp. 55-57.

y del reconocimiento y admiración que le dispensaban los señores y damas de alta prosapia; aunque en desdoro de Lope hay que decir que algunos de estos poemas fueron compuestos por él mismo y ahijados al personaje correspondiente, con su consentimiento, se supone. En concreto, de Camila Lucinda sabemos que no sabía firmar, por lo que es difícil que dedicara sonetos al Peregrino y redondillas a Angélica.

Al revés que Lope, dramaturgo popular, muy bien relacionado con la nobleza y la corte, en el momento de publicar el *Quijote* Cervantes llevaba veinte años sin editar una línea y, además de carecer de ascendientes nobles y andar ocupado en quehaceres poco honrosos, no contaba con amigos importantes ni padrinos influyentes. Ello explica que, a la hora de insertar en los preliminares de su libro los versos laudatorios de rigor, no encontrara a nadie dispuesto a proporcionárselos.

La soledad en que se hallaba Cervantes en el verano de 1604, con su libro terminado, pero sin un triste poema panegírico para acompañarlo y adobarlo, fue recordada con regodeo por Lope en una carta, escrita en agosto de ese año, en que declara a un amigo su propósito de no caer en la sátira, «cosa para mí más odiosa que mis librillos a Almendárez y mis comedias a Cervantes», y afirma que

De poetas, no digo: buen siglo es este. Muchos están [en] cierne para el año que viene, pero ninguno hay tan malo como Cervantes ni tan necio que alabe a *Don Quijote*<sup>180</sup>.

Pese a esta contrariedad, o tal vez gracias a ella, el autor redactó para su *Quijote* un prólogo magistral en que, al tiempo que se subvierten ciertos principios poéticos y modelos culturales comúnmente aceptados hasta esa fecha<sup>181</sup>, nos encaramos con un Cervantes de carne y hueso, que habla en primera persona y fusiona diestramente los elementos del discurso prologal con los del autorretrato<sup>182</sup>.

Desde los primeros párrafos<sup>183</sup>, Cervantes se nos presenta compungido, pensando en qué dirán los lectores al ver que, después de tantos años como ha pasado «en el silencio del olvido», el autor se descuelga ahora con sus años auestas, y «con una leyenda seca como un esparto, ajena de invención, menguada de estilo, pobre de conceptos y falta de toda erudición y doctrina», tan distinta de aquellos otros libros que, «aunque sean fabulosos y profanos», van «tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platón y de toda la caterva

180. Lope de Vega, «A un amigo de Valladolid», Toledo, 14 de agosto de 1604, en *Cartas*, p. 68. Para el significado de las alusiones contenidas en la misiva, véase Nicolás Marín López, «Belardo furioso. Una carta de Lope mal leída», en *Estudios literarios sobre el Siglo de Oro*, pp. 317-358.

181. Mario Socrate, *Prologhi al «Don Chisciotte»*, Padua, Marsilio Editori, 1974, pp. 69-127.

182. Jean Canavaggio, «Cervantes en primera persona», *Journal of Hispanic Philology*, II, 1977, pp. 35-44, reimpresso en *Cervantes, entre vida y creación*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2000, pp. 65-72.

183. Miguel de Cervantes, *Quijote*, I, «Prólogo», en *Obras completas*, vol. II, pp. 301-305.

de filósofos, que admiran a los leyentes y tienen a sus autores por hombres leídos, eruditos y elocuentes»; tras lo cual añade:

También ha de carecer mi libro de sonetos al principio, a lo menos de sonetos cuyos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas o poetas celebérrimos; aunque, si yo los pidiese a dos o tres oficiales amigos, yo sé que me los darían, y tales, que no les igualasen los de aquellos que tienen más nombre en nuestra España.

Un «amigo gracioso y bien entendido», que aparece de improviso, viene a sacar al autor de sus cavilaciones y a solucionar sus dudas con estos sabios consejos:

Lo primero en que reparáis de los sonetos, epigramas o elogios que os faltan para el principio, y que sean de personajes graves y de título, se puede remediar en que vos mismo toméis algún trabajo en hacerlos, y después los podéis bautizar y poner el nombre que quisiéredes, ahijándolos al Preste Juan de las Indias o al Emperador de Trapisonda, de quien yo sé que hay noticia que fueron famosos poetas; y cuando no lo hayan sido y hubiere algunos pedantes y bachilleres que por detrás os muerdan y murmuren desta verdad, no se os dé dos maravedís; porque, ya que os averigüen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escribistes.

En fin, tomando al pie de la letra estas recomendaciones, Cervantes insertó después del prólogo unos poemas apócrifos, que tal vez fueron escritos en comandita por un grupo de amigos de Valladolid<sup>184</sup>, se los endosó a unos cuantos personajes famosos del mundo caballeresco<sup>185</sup>, y cerró el libro con otros, salidos seguramente de la misma musa y atribuidos a los académicos de la Argamasilla<sup>186</sup>, en que, junto a nuevas burlas dirigidas contra Lope<sup>187</sup>, se adivina una crítica mordaz de los cenáculos —pretenciosamente llamados academias, pese a su mediocridad— en que se agrupaban los autores del momento<sup>188</sup>, aquellos mismos cenáculos de los que algunos pretendían excluirle o de los que él mismo se había apartado voluntariamente.

Desde la primera hasta la última línea, el prólogo del primer *Quijote* es una sátira disparada contra Lope<sup>189</sup>, aunque lo que ahora querríamos destacar

184. Lo señaló Marcel Bataillon, *Pícaros y picaresca*, Madrid, Taurus, 1969, p. 76.

185. Miguel de Cervantes, *Obras completas*, vol. II, pp. 305-308.

186. *Ibid.*, pp. 570-571.

187. Carlos Aganzo, «La poesía de los preliminares del *Quijote* (o Cervantes *versus* Lope de Vega)», en *La razón de la sinrazón que a la razón se hace. Lecturas actuales del «Quijote». Textos del Encuentro de Escritores de Béjar y los Coloquios Cervantinos de Ávila*, Segovia, Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2005-2006, 2 vols., vol. I, pp. 33-41.

188. Francisco Márquez Villanueva, «El mundo literario de los académicos de la Argamasilla», en *Trabajos y días cervantinos*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1995, pp. 115-155; y Adrienne Laskier Martin, *Cervantes and the Burlesque Sonnet*, pp. 126 y ss.

189. Emilio Orozco Díaz, «Sobre el prólogo del *Quijote* de 1605 y su complejidad intencional», en *Cervantes y la novela del Barroco. Del «Quijote» de 1605 al «Persiles»*, Granada, Universidad de Granada, 1992, pp. 89-112. El contenido satírico y la intención antilopéscica del prólogo ya fueron

es el hecho de que Cervantes no marca distancias con su rival únicamente en la esfera literaria, sino también, y sobre todo, en el terreno social. En concreto, mientras que Lope había vivido a la sombra de «personajes graves y de título», y había podido realzar sus libros con poemas encomiásticos escritos por «duques, marqueses, condes, obispos, damas o poetas celebérrimos», Cervantes desciende voluntariamente hasta lo más bajo de la escala social, y finge encomendar la confección de esos versos a «dos o tres oficiales amigos», capaces de cumplir con el encargo como el mejor, lo cual representa una toma de postura que en su momento debió de parecer provocadora, y que merece unas líneas.

Aunque *oficio*, según Covarrubias, «vulgarmente significa la ocupación que cada uno tiene en su estado», y *oficial*, cualquiera «que ejercita algún oficio»<sup>190</sup>, en la práctica el oficial era el trabajador mecánico, o manual, de cualquier ramo. En el *Diccionario* de Joan Palet, el término equivale a «artisan» y «marchand»<sup>191</sup>; según la primera definición académica, *oficial* es el «que trata o ejerce algún oficio de manos, con inteligencia y conocimiento, y no ha pasado a ser maestro»<sup>192</sup>; y así lo entendieron los primeros traductores del *Quijote*<sup>193</sup>. Sin embargo, bajo esta superficie denotativa aparentemente neutra, la palabra arrastra valores ideológicos que arrojan bastante luz sobre el gesto de Cervantes. En concreto, el oficial era el tipo social opuesto al caballero<sup>194</sup>, y el oficio mecánico, sinónimo de vileza, deshonra, infamia,

señalados y analizados por Juan Eugenio Hartzenbusch en su estudio sobre «Cervantes y Lope de Vega en 1605. Citas y aplicaciones relativas a estos dos esclarecidos ingenios», *La América*, X, n.º 17, sept. de 1866, pp. 5-6, cuya primera versión se publicó en la *Revista Española*, I, mayo de 1862.

190. Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la Lengua Castellana*, p. 1321.

191. Joan Palet, *Diccionario muy copioso de la lengua española y francesa*, Paris, Chez Matthieu Gillemot, 1604, p. 218.

192. Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades*, vol. V, p. 21.

193. Thomas Shelton traduce «dos o tres oficiales amigos» como «two or three artificers of mine acquaintance» (*The History of the Valorous and Wittie Knight-Errant Don-Quixote of the Mancha. Translated out of the Spanish* [by Thomas Shelton], London, printed by William Stansby, for Ed. Blount and W. Barret, 1612, preliminares, p. 8), y Lorenzo Franciosini, por «certi bottegai, amici miei» (*Dell'Ingegnoso Cittadino Don Chisciotte della Mancina. Composta da Michel di Cervantes Saavedra, et hora nououamente tradotta con fedeltà e chiarezza di spagnuolo in italiano, da Lorenzo Franciosini*, in Venetia, appresso Andrea Baba, 1625, 2 vols., vol. I, preliminares, p. 10). César Oudin, en cambio, entiende la expresión de manera literal —«deux ou trois officiers de mes amis»—, con lo que se le escapa su verdadero sentido (*L'Ingenieur Don Quixote de la Manche. Composé par Michel de Cervantes. Traduit fidellement d'Espagnol en François, et Dedié au Roy. Par Cesar Oudin*, A Paris, Chez Jean Foüet, 1614, preliminares, p. 8).

194. «Porque no hay en el mundo tanta soberbia ni tanta presunción como en los christianos; y en esto de los vestidos mucho más, porque tan bien los quiere traer el oficial como el caballero, y el criado como el señor, de manera que todo va desbaratado y sin ningún orden ni concierto, el cual no falta en todas las otras generaciones de gentes de quien tengamos noticia de vista o de oídas, o por escritura» (Antonio de Torquemada, *Coloquios satiricos* [1553], en *Obras completas*, edición de Lina Rodríguez Cacho, Madrid, Turner, Biblioteca Castro, 1994, 2 vols., vol. I, p. 349). Al recordar al personaje de Eunomio, hereje arriano, el padre Ribadeneira apunta que «fue tan universal y tan constante el aborrecimiento que todos le cobraron, que no hubo hombre ni mujer, mozo ni viejo, pobre ni rico, labrador ni ciudadano, caballero ni oficial, que le quisiese hablar, ni entrar en la iglesia donde él estaba» (Pedro de Ribadeneira, *Tratado de la religión y virtudes que debe tener el príncipe cristiano para gobernar y conservar sus estados* [1595], cap. 24, en *Obras escogidas*, edición

abatimiento y privación de nobleza, no sólo porque tales actividades fueran «cosa de judíos», sino también por causas intrínsecas, derivadas de la propia ideología aristocrática, según atestiguan numerosos textos de aquella época<sup>195</sup>. Según Huarte de San Juan, entre las cualidades que hacen que una persona sea honrada y digna de estimación, están «la nobleza y antigüedad de sus antepasados», si van unidas a la riqueza, y «tener alguna dignidad o oficio honroso». Por el contrario, «ninguna cosa abaja tanto al hombre como ganar de comer en oficio mecánico»<sup>196</sup>. Mateo Luján apunta que las gentes «tienen por deshonra el oficio mecánico, por cuya causa hay tantos holgazanes y malas mujeres»<sup>197</sup>. Y, según fray Benito Guardiola, los oficiales mecánicos son mirados con menosprecio y se les tacha de infames

por cuanto tratan oficios viles y muy abatidos, y llámense oficios viles y abatidos por ser ellos de sí mismos, y también porque los que se inclinan a algunos dellos suele ser gente ruin por la mayor parte<sup>198</sup>.

En resumen, al recurrir a unos cuantos oficiales amigos, en lugar de dirigirse a damas ilustres o personajes de título, para que le proporcionen unos versos, Cervantes se está desplazando a sabiendas al extrarradio de la sociedad, situándose al margen de los valores sociales respetados por la mayoría, en las antípodas del lugar que creía o pretendía ocupar Lope de Vega. De ello tomó buena nota el autor del prólogo de Avellaneda, quien, como ya ocurriera en la carta de Lope antes citada, se recrea en recordar a Cervantes su soledad y el menosprecio que inspira a la gente noble, a diferencia de Lope, agasajado por todos y mimado por los poderosos:

Y, pues Miguel de Cervantes es ya de viejo como el castillo de San Cervantes, y por los años tan mal contentadizo, que todo y todos le enfadan,

de Vicente de la Fuente, Madrid, Atlas, 1952 [Biblioteca de Autores Españoles, tomo 60], p. 495). Según Fernández de Navarrete, «es justo que los trajes de los nobles se diferencien de los que han de permitirse a los plebeyos», pues, de lo contrario, «vienen a empobrecerse muchos, y no tener con qué pagar las alcabalas y servicios a vuestra Majestad. Confusión que ha causado muchos daños en la república, por no diferenciarse el oficial mecánico del caballero noble» (Pedro Fernández Navarrete, *Conservación de monarquías y discursos políticos* [1626], Madrid, Atlas, 1947 [Biblioteca de Autores Españoles, tomo 25], p. 519).

195. Véase Antonio Domínguez Ortiz, «Notas sobre la consideración social del trabajo manual y el comercio en el Antiguo Régimen», *Revista de Trabajo*, VII, 7-8, 1945, pp. 673-681; Alfonso Figueroa y Melgar, «Los prejuicios nobiliarios contra el trabajo y el comercio en la España del Antiguo Régimen», *Cuadernos de Investigación Histórica*, III, 1979, pp. 415-436; y José Antonio Maravall, «Trabajo y exclusión. El trabajador manual en el sistema social de la primera modernidad», en *Estudios de historia del pensamiento español. Serie segunda. La época del Renacimiento*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1984, pp. 363-392.

196. Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias* (1575), edición de Esteban Torre, Madrid, Editora Nacional, 1977, pp. 277-278.

197. Mateo Luján de Sayavedra, *Segunda parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache* (1602), lib. III, cap. 2, en *La novela picaresca española*, vol. I, p. 820.

198. Fray Juan Benito Guardiola, *Tratado de nobleza, y de los títulos y ditados que hoy día tienen los varones claros y grandes de España*, Madrid, por la viuda de Alonso Gómez, 1595, fol. 8.

y por ello está tan falto de amigos, que cuando quisiera adornar sus libros con sonetos campanudos, había de ahijarlos como él dice al Preste Juan de las Indias o al Emperador de Trapisonda, por no hallar título quizás en España que no se ofendiera de que tomara su nombre en la boca, con permitir tantos vayan los suyos en los principios de los libros del autor de quien murmura; ¡y plegue a Dios aun deje, ahora que se ha acogido a la iglesia y sagrado! Conténtese con su *Galatea* y comedias en prosa, que eso son las más de sus novelas: no nos canse<sup>199</sup>.

Con los años, y a pesar de su popularidad universal, la posición de Cervantes no mejoró demasiado, y el autor siguió tan aislado como al principio, o renunció a andar mendigando unos poemas que podía componer él mismo, como hizo en el *Quijote* de 1605 y como hacía regularmente Lope de Vega. En las *Novelas ejemplares* (1613), nuestro autor logró incluir sendas composiciones en verso firmadas por el marqués de Alcañices; el camarero del duque de Sessa, Fernando Bermúdez y Carvajal; don Fernando de Lodeña; y Juan de Solís Mejía, gentilhombre cortesano; pero tanto las *Comedias y entremeses* (1615) como la segunda parte del *Quijote* (1615) están ayunos de tales aditamentos, entre otras razones porque hubiera sido un contrasentido incluir poemas laudatorios auténticos en el *Quijote* de 1615 y en otras obras coetáneas, después de haberse mofado de tales prácticas en el prólogo y demás preliminares de 1605<sup>200</sup>. Sólo el *Viaje del Parnaso* (1614) incluye un epigrama en latín, compuesto por Agustín Casanate, y un soneto que el autor dirige a su pluma en que, igual que sucedió nueve años antes, Cervantes se vuelve a tomar a broma la ausencia de poemas ajenos en los preliminares de su libro:

Pues veis que no me han dado algún soneto  
que ilustre deste libro la portada,  
venid vos, pluma mía mal cortada,  
y hacedle, aunque carezca de discreto<sup>201</sup>.

No obstante, el supremo sarcasmo cervantino lo hallamos en *Los trabajos de Persiles y Sigismunda* (1617), novela publicada póstumamente. En ella, Cervantes incluye un conmovedor prefacio, escrito pocos días antes de su muerte, en que el hombre que, según sus rivales, carecía de amigos por culpa de su mal carácter y su posición social, se despide con un «¡Adiós, gracias; adiós, donaires; adiós, regocijados amigos; que yo me voy muriendo, y deseando veros presto contentos en la otra vida!»<sup>202</sup>.

Recibido: 12 de enero de 2010

Acceptedo: 10 de junio de 2010

199. Alonso Fernández de Avellaneda, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, p. 53.

200. Carlos Romero Muñoz, «Los paratextos del *Quijote* de 1615», pp. 276-277.

201. Miguel de Cervantes, *Viaje del Parnaso y Ajunta al Parnaso*, edición de Vicente Gaos, Madrid, Castalia, 1973, p. 50.

202. Miguel de Cervantes, *Obras completas*, vol. II, pp. 868-869.

### Resumen

La enemistad entre Lope de Vega y Cervantes, y las disputas que ambos mantuvieron durante los primeros años del siglo XVII, además de ser la expresión de una desavenencia literaria, tienen su origen en la distinta posición que cada uno de ellos ocupaba dentro de la sociedad española de 1600, en que los orígenes familiares y la inserción de un autor dentro del orden estamental eran hechos que influían de manera decisiva en su trayectoria profesional, y en la mayor o menor protección que recibían. Lope, hidalgo y cristiano viejo, vivió cómodamente instalado en aquella sociedad, y contó con numerosos amigos y mecenas poderosos; mientras que Cervantes, hombre de linaje oscuro, que tuvo que ejercer oficios considerados indignos, fue un personaje marginado, y nunca se le aceptó plenamente en los cenáculos literarios ni en las casas nobiliarias.

**Palabras clave:** Sociedad. Exclusión social. Hidalgos. Mercaderes. Artesanos. Cristianos viejos. Conversos. Mecenazgo. Disputas literarias. Dedicatoria de libros. Miguel de Cervantes. Lope de Vega. Duque de Béjar. Conde de Lemos.

**Title:** Noblemen against craftsmen. Ideological and social background of the controversy between Cervantes and Lope

### Abstract

The enmity between Lope de Vega and Cervantes, and the disputes that both maintained during the early seventeenth century, besides being the expression of a literary quarrel, have their origin in the different position that each of them occupied in the Spanish society of 1600, in which family origins and insertion of an author within a class order was a fact that influenced decisively in his career, and in the degree of protection he received. Lope, a gentleman and an old Christian, lived comfortably installed in that society, and had numerous friends and powerful patrons, while Cervantes, a man of dark lineage, who had to practise trades considered unworthy, was a marginal person, and was never accepted fully in the literary salons or in the aristocratic houses.

**Key words:** Society. Social exclusion. Noblemen. Merchants. Craftsmen. Old Christians. Converts. Patronage. Literary quarrels. Dedication of books. Miguel de Cervantes. Lope de Vega. Duke of Bejar. Count of Lemos.